La Esposa del
SEÑOR BINGLEY
Variaciones de Orgullo y Prejuicio
CATHERINE
BILSON

La
Esposa
del
SEÑOR BINGLEY
Variaciones de Orgullo y Prejuicio
CATHERINE
BILSON

Introducción

SIENDO UN RELATO DE LA SEÑORITA JANE BENNET Y EL SEÑOR CHARLES

BINGLEY

SIEMPRE ME HA AGRADADO Jane Bennet. Soportó su miseria con fortaleza y gracia, no habló mal de nadie, ni siquiera de aquellos que ciertamente le hicieron daño.

Siempre se le ha considerado la callada, la aburrida, y en mi opinión, lamentablemente ignorada por los profesores de inglés y victimizada por los escritores de fanfiction. Pero no era ninguna tonta, y me gusta pensar que Charles Bingley descubrió que se había casado con una mujer de profundidades ocultas.

Espero que disfruten de esta imaginación de la historia de Jane mientras comienza su vida de casada.

Capítulo Uno

TOCAR A UN ÁNGEL

JANE ESTABA BASTANTE SEGURA de que sus mejillas no podían ponerse más rojas.

Su único consuelo era que su querida Lizzy estaba sentada a su lado, compañera en su sufrimiento, con su mano apretando fuertemente la de Jane, su rostro igualmente escarlata de mortificación.

—Y os digo, mis niñas —chilló Mamá, agitando las manos emocionada

—, que la primera vez al menos será bastante dolorosa y realmente muy desagradable. Debéis simplemente quedaros muy quietas y esperar que termine rápido. Con el tiempo las cosas se vuelven más fáciles, pero siempre es mejor, digo yo, animar a vuestro marido a no beber alcohol fuerte si sospecháis que podría querer venir a vuestra cama, ¡porque eso solo prolongará la experiencia!

—No creo que al señor Darcy le guste la bebida fuerte —se atrevió a aventurar Lizzy después de unos momentos en los que Mamá parecía estar reuniendo sus pensamientos.

—¡Entonces debes estar agradecida por ello! ¡Y otra cosa, no permitas que tu marido venga a tu cama con frecuencia! ¡Los hombres aprecian mucho más lo que no obtienen regularmente!

Jane trató de no suspirar. Mamá se estaba repitiendo ahora. Querido Dios, por favor, haz que esta vergonzosa y horrible discusión —arenga, más bien— termine pronto. Su boda al día siguiente era algo que Jane había estado esperando con ilusión, hasta este momento. Pero ahora un nudo apretado de temerosa aprensión se retorcía en su estómago. Apretó la mano de Elizabeth con más fuerza, y se sintió un poco reconfortada por el apretón que Lizzy le devolvió.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Era la voz de Kitty, y Jane dejó escapar un pequeño suspiro de alivio cuando su hermana menor irrumpió en la habitación—. ¡Tienes que venir! ¡La cocinera dice que los tres pares de faisanes que pediste están demasiado pasados y debes decidir qué cocinará en su lugar!

—¡Oh, ese tonto guardabosques! —La señora Bennet salió furiosa de la habitación y Jane soltó un suspiro más grande, junto con la mano de Elizabeth.

—¡Gracias a Dios que esto ha terminado! —Elizabeth saltó a sus pies—. ¡Estoy decidida a que no me atrape así de nuevo! ¡Qué perfectamente horrible! —Girándose, miró a Jane a los ojos—. Vaya, Jane, estás blanca como una sábana. No hagas caso a Mamá, ya sabes cómo exagera.

—Lydia dijo que también dolía la primera vez —dijo Jane bastante miserable—. ¡Sabes que no puedo soportar el dolor, Lizzy!

—Oh, Jane, Lydia compartía su lecho matrimonial con Wickham, ¡un canalla desconsiderado si alguna vez hubo uno! La tía Gardiner me contó algo muy diferente, que si amas a tu marido y él te ama a ti, solo necesitas advertirle que sea gentil y todo puede ser bastante

agradable, incluso la primera vez.

Jane se mordió el labio inferior. —Por supuesto que amo al señor Bingley —murmuró.

Elizabeth solo puso los ojos en blanco de manera expresiva.

—Y él te ama hasta la distracción perfecta. —Mirando el rostro de Jane, Elizabeth hizo una pausa, y luego preguntó—: Te ha besado, ¿no es así?

—¡Lizzy! —El rostro de Jane se encendió—. ¡Por supuesto que no!

—¿De verdad?

—¿Has estado dejando que el señor Darcy te bese? —Jane estaba bastante conmocionada.

—Una o dos veces —Lizzy lo admitió sin ningún arrepentimiento—. Es muy agradable ser besada. Jane, realmente creo que deberías dejar que Bingley te bese al menos una vez antes de la boda.

—Te refieres en la boca, ¿no es así? —preguntó Jane con vacilación—. Me ha besado la mano bastantes veces, y una vez fue muy atrevido, me dio la vuelta a la mano y me besó la palma, cuando nadie podía ver…

—Sí, Jane, en la boca —Lizzy puso los ojos en blanco de nuevo—. Esta tarde, cuando venga de visita con Will.

Jane todavía no podía superar el hecho de que Elizabeth llamara al severo señor Fitzwilliam Darcy Will, de una manera tan casual y sonriente, incluso en su cara. Ni podía creer la expresión que siempre aparecía en el rostro de Darcy cuando lo hacía, una mirada sorprendentemente íntima que hacía que Jane estuviera bastante segura de que había olvidado que existía cualquier otra persona en el mundo aparte de Elizabeth.

Jane apenas se había acostumbrado a pensar en el señor Bingley como Charles en la privacidad de su propia mente, y ciertamente nunca se había atrevido a pronunciar su nombre de pila en su cara.

—Jane, debes dejar que te bese —interrumpió Elizabeth sus pensamientos—. Sugeriré que todos demos un paseo por los jardines. Lleva a Bingley al laberinto, puedes fácilmente salir de la vista de la casa allí, y prometo que Will y yo no interrumpiremos.

—Sonrió con picardía—. Puedo mantener a Will ocupado.

Las mejillas de Jane se encendieron de nuevo ante la implicación, pero no estaba realmente sorprendida. Elizabeth era mucho más valiente, mucho más segura que ella.

Quizás no era sorprendente que se hubiera atrevido a experimentar con los besos de Darcy, aunque Jane estaba muy segura de que Elizabeth no había permitido que su intimidad fuera más allá de eso.

Elizabeth, tomando el silencio de Jane como aquiescencia y desesperada por evitar que su madre dijera algo embarazoso a Darcy esa tarde, sugirió el paseo tan pronto como fue cortés, apenas dando tiempo a los hombres para hacer sus reverencias, y deshaciendo hábilmente de Mary y Kitty afirmando que estaba segura de que sus vestidos de dama de honor podrían beneficiarse de una o dos cintas más, bajo la supervisión de la señora Bennet. Kitty estaba ciertamente dispuesta —en su opinión, el vestido que Lizzy y Jane le habían pedido que usara era abominablemente sencillo—

pero las protestas de Mary eran tales que la atención de la señora Bennet estaba completamente ocupada.

Jane no pudo evitar notar lo apuesto que se veía el señor Bingley esa hermosa tarde. Su cabello rubio y rizado brillaba bajo el sol de la tarde: eligió dejar su sombrero cuando le ofreció el brazo y la guió por la entrada principal de Longbourn. Era considerablemente más alto que ella; Jane tuvo que inclinar la cabeza hacia arriba para encontrarse con sus ojos cuando le preguntó dónde le gustaría caminar.

—¿Quizás al laberinto? —dijo Jane tímidamente—. No deseo caminar muy lejos hoy.

Hace calor y no quiero cansarme. Yo... estoy bastante nerviosa, lo reconozco, y temo que no dormiré bien esta noche.

Durante unos momentos, Charles no habló, simplemente observando cómo Darcy y Elizabeth se alejaban y caminaban por el sendero. Guió a Jane bajo el arco de rosas en la entrada del laberinto. —¿Estás nerviosa, Jane?

—Bueno, supongo que lo estoy, un poco —echó un vistazo hacia él bajo el ala de su sombrero—. Después de todo, no es todos los días que una chica se va a casar. —

Cuando él no habló por un momento, ella preguntó con voz pequeña —: ¿Tú no estás nervioso también… Charles?

Se sobresaltó, evidentemente tan consciente como ella de que era la primera vez que se atrevía a dirigirse a él por su nombre de pila. —Debo admitir que no estoy nervioso en absoluto —dijo finalmente, deteniéndose junto al enorme haya cerca del centro del paseo. El árbol era tan viejo y macizo que las cinco hermanas Bennet juntas, de puntillas y con los dedos extendidos, apenas habían logrado rodearlo por completo. Con el árbol entre ellos y la casa, Jane de repente fue agudamente consciente de que ella y Charles estaban completamente a solas—. Aunque sí estoy bastante emocionado.

—Oh —Jane tragó saliva cuando Charles puso un dedo suavemente bajo su barbilla y le levantó el rostro para que lo mirara.

—Te he amado y deseado como mía desde el momento en que te vi por primera vez —

dijo Charles, con sus ojos azules fijos en su rostro—. No podría estar más feliz de que finalmente haya llegado el día, pero Jane, mi dulce ángel, no quiero que estés nerviosa.

Ella no podía hablar. Parecía haber un nudo del tamaño de su puño bloqueándole la garganta.

—No me temas, Jane —dijo él, con la voz más profunda y suave de lo que ella jamás la había oído, y entonces se inclinó, ladeando la cabeza para evitar chocar con el ala de su sombrero, y sus labios cálidos y suaves rozaron los de ella por un breve instante.

—¿Eso fue todo? —soltó Jane un momento después, y luego se tapó la boca horrorizada por su propia osadía.

Afortunadamente, Charles se rio. —¿Tu primer beso fue un poco decepcionante, mi queridísimo amor? No quería asustarte, pero permíteme enmendarlo. —Suavemente le apartó la mano de la boca y la reemplazó con sus labios.

El segundo beso fue mucho más satisfactorio. Y mucho más peligroso, Jane registró vagamente, pequeños escalofríos de placer recorriendo su cuerpo mientras Charles la atraía suavemente hacia sus brazos y la besaba a conciencia. Su lengua incluso separó sus labios y acarició gentilmente su boca. Por un momento sus manos revolotearon indecisas, y luego las posó con cautela sobre sus hombros, sintiendo con placer los fuertes músculos moverse mientras sus brazos se

apretaban alrededor de su cintura.

La respiración de Charles era entrecortada cuando finalmente terminó el beso. —Oh Jane, mi vida, mi dulce ángel —presionó su mejilla contra la de ella, sus brazos aún sosteniéndola cerca—. No te enojes conmigo.

—¿Enojarme contigo? —Jane apenas pudo encontrar su voz—. ¿Por qué habría de enojarme contigo?

Él se rio entonces, y se apartó un poco, tomando sus pequeñas manos entre las suyas grandes y fuertes. —Pensé que quizás mis besos fueron un poco demasiado...

entusiastas.

—¡Oh! —Con las mejillas escarlata, Jane bajó la mirada, y luego lo miró a través de sus largas pestañas y susurró—: Me gustó. —Para su absoluto asombro, fue entonces receptora de una mirada tan ardiente como cualquiera que hubiera visto a Darcy dirigir a Elizabeth. Los ojos de Charles se entornaron y oscurecieron, y él inhaló bruscamente.

—No temas al mañana, Jane —dijo Charles después de un momento, cuando recuperó el control de su voz—. No sé qué tonterías te habrá metido tu madre en la cabeza, pero te ruego que solo confíes en mí. Te amo y juro que nunca te haré daño.

Jane se sonrojó graciosamente y bajó la mirada de nuevo, pero metió su pequeña mano en el hueco de su brazo y casi se apoyó contra él. Charles luchó contra la feroz excitación que había sentido en su presencia desde el primer momento, maldiciendo tanto la moda actual de pantalones ajustados y chaquetas de cintura alta como la propensión de Jane a mirar tímidamente hacia abajo. ¡Solo esperaba que ella fuera lo

suficientemente inocente como para no darse cuenta de lo excitado que estaba. No tenía hermanos, lo cual era un gran consuelo para él en ese momento!

Charles admiró a Jane sin vergüenza mientras caminaba a su lado. Dios, pero era hermosa: sin duda la mujer más bella que jamás había conocido. Ninguna Joya de la alta sociedad podía comparársele en su opinión. Su cabello rubio era del color del trigo maduro, suavemente ondulado alrededor de sus hermosas mejillas. Anhelaba verlo suelto, preguntándose cuán largo sería; al menos hasta la mitad de la espalda, sospechaba por el grosor de los rizos en su nuca, tal vez más.

Jane lo miró tímidamente una vez más y comenzó, como era su costumbre, a llenar cortésmente el silencio. Era tan dulce, tan graciosa en todo; incluso soportaba a su imposible y esnob hermana sin un atisbo de molestia. Charles se perdió en sus ojos, de un tono que no podía describir con exactitud, entre azul y verde, un aguamarina claro que nunca había visto en nadie más. Unos ojos tan bonitos, y estaba seguro de que no había una cabeza hueca detrás de ellos, pues la había escuchado conversar con conocimiento sobre muchos temas. No es que ella iniciara conversaciones intelectuales, era demasiado tímida para eso, pero siempre escuchaba atentamente y si se le presionaba a responder, diría algo que claramente indicaba una comprensión del tema.

Charles sabía que tanto Jane como Elizabeth a menudo se aprovechaban de la biblioteca de su padre como el único lugar de respiro en Longbourn de las tonterías de su madre y hermanas, pero era evidente para él que no perdían el tiempo con novelas. Jane de hecho había respondido a una sutil humillación de Caroline, cuando Caroline había soltado unas palabras en italiano, Jane había respondido en términos mucho más fluidos y con un acento perfecto. Cuando le preguntó al respecto más tarde, ella había murmurado algo sobre un pequeño don para los idiomas.

No, Jane Bennet no era una rubia tonta, a diferencia de su idiota hermana menor y su madre tonta y atolondrada. Charles consideraba que las otras dos hermanas eran rescatables: Mary era bastante inteligente aunque no muy bonita, y Catherine era bonita aunque no muy inteligente. Al menos era lo suficientemente inteligente como para reconocer que modelar su comportamiento según el de sus hermanas mayores era, con mucho, el curso más sabio que le quedaba después de la imprudente locura de Lydia.

Darcy incluso había murmurado algo sobre presentar a su primo, el coronel Fitzwilliam, a Kitty en la boda, aunque Charles sospechaba que eso era solo una broma de Darcy a costa de su primo, ya que el coronel desafortunadamente necesitaba casarse bien.

¡Gracias a Dios Charles estaba en la afortunada posición de poder elegir a su propia novia, sin poderosos parientes que desaprobaran su elección! Caroline ya era bastante mala, con sus comentarios punzantes y miradas de soslayo. Al menos Louisa ya no la ayudaba ni la encubría, desde que Charles insinuó no tan sutilmente al Sr. Hurst que quizás él y su esposa se sentirían más cómodos en la ciudad si Louisa encontraba la sociedad local tan insoportable. Enfrentado a la perspectiva de tener que vivir dentro de sus propios y escasos medios,

Hurst había llamado bruscamente al orden a Louisa y ella no había dicho ni pío desde entonces.

Sin embargo, Charles sabía que tendría que hacer entrar en razón a Caroline, y antes de la boda. No permitiría que su Jane se sintiera incómoda ni por un momento una vez que fuera la señora de Netherfield, y sabía bien que Caroline entregaría sus deberes como señora de su casa tanto a regañadientes como con máxima condescendencia. No, no sometería a Jane a eso. Esta noche se prepararía para una conversación indudablemente incómoda, pero completamente necesaria, en privado con su hermana.

Las voces que provenían del sendero le recordaron a Charles que Darcy estaría regresando con Elizabeth. No se quedarían a cenar con los Bennet esta noche; Darcy había dicho sin rodeos que esta noche la señora Bennet estaría tan insoportable como era posible y le había rogado a Charles, sin ninguna vergüenza, que le evitara ese suplicio.

—Darcy y Elizabeth están regresando —dijo suavemente a Jane, quien parecía haber caído en una especie de ensoñación. Ella se sobresaltó ligeramente, lo miró y se sonrojó, pareciendo enfocarse en sus labios. Charles no pudo evitar sonreír, preguntándose si ella habría estado recordando aquel espectacular beso, y entonces simplemente tuvo que inclinar la cabeza y robar rápidamente otro.

Y así fue como Jane estaba con las mejillas escarlata y riéndose cuando Elizabeth entró bajo el arco de rosas y la vio. Elizabeth se rio también y fue a tomar el brazo de su hermana favorita.

—¡Vaya, señor Bingley, no me atrevo a preguntar qué le ha dicho a Jane para hacerla sonrojar tanto! —dijo con picardía.

—No he dicho nada —protestó Charles con absoluta inocencia, cuya veraz observación solo hizo que Jane se sonrojara aún más y que Lizzy comenzara a reírse disimuladamente tras su mano.

Charles se despidió de Jane en el salón, con un beso de pesar en su mano y una caricia oculta en el interior de su muñeca que la hizo sonrojar nuevamente, aunque ella le sostuvo la mirada con una sorprendente audacia. Él solo podía pensar que el mañana no podría llegar lo suficientemente pronto mientras él y Darcy partían.

Capítulo Dos

ESTABLECIENDO LAS REGLAS

RECOGIENDO SUS CABALLOS, BINGLEY y Darcy partieron de regreso a Netherfield a un paso tranquilo, ninguno de los dos con prisa por dejar atrás los agradables recuerdos de la tarde.

—La señorita Bennet se veía bien hoy —dijo Darcy cortésmente después de un rato, y Charles sonrió. Elizabeth ciertamente estaba teniendo un buen efecto en Darcy: antes nunca había sentido la necesidad de iniciar una conversación por cortesía.

—Está bien —dijo Charles—. Tenía algunos pequeños nervios sobre mañana, pero me esforcé por tranquilizarla.

—Naturalmente —dijo Darcy con una ligera sonrisa—. La señora Bennet ha estado llenando sus cabezas de tonterías, estoy seguro: Lizzy parecía tener de repente algunas pequeñas reservas que tuve que superar.

—Debe ser inquietante para una joven, en la víspera de su boda —reflexionó Charles—.

A las chicas se las mantiene tan protegidas, tan ignorantes de los hombres; la sociedad exige pureza tanto en la mente como en el cuerpo, ¿no es así? Y luego, de repente, sin

previo conocimiento, ¡se espera que lo entreguen todo en un acto tan íntimo que incluso sus madres no parecen poder discutirlo racionalmente!

Darcy sonrió ligeramente, y luego frunció el ceño, sin duda pensando en su hermana.

—Aunque Georgiana es afortunada, Darce: cuando llegue el momento tendrá a Elizabeth para explicarle las cosas, y no creo que Elizabeth sea tan pudorosa como para asustarla.

—¡Te agradecería que no lo mencionaras! ¡Pasarán muchos años, si es

que alguna vez permito que Georgy se case!

Charles se rio de la expresión de Darcy y dirigió su caballo hacia el sendero que los llevaría a Netherfield. —¡No creo que jamás consideres que haya un hombre digno de la pequeña Georgy!

Darcy asintió en acuerdo. —¡Las hermanas son el mismísimo diablo!

Eso solo hizo que Charles hiciera una mueca, pensando en la necesaria conversación que vendría con Caroline. No esperaba que fuera bien.

Después de la cena, cuando los hombres se reunieron con las damas en el salón, Charles se acercó a Caroline y le pidió que lo acompañara a su estudio, ya que tenía algunos asuntos privados que discutir con ella.

—Vamos, Charles, estoy segura de que no hay nada que puedas decirme que los demás no puedan oír —dijo Caroline con picardía, pero Charles negó con la cabeza muy firmemente. Varios otros invitados habían llegado para las bodas del día siguiente, y aunque estaba enojado por el comportamiento de su hermana, no la sometería al ridículo y al desprecio de ellos reprendiéndola públicamente.

—En el estudio, ahora, si me haces el favor, hermana.

—Bueno, permíteme despedirme de nuestros invitados —dijo con un suspiro afectado, pero pasó una hora completa antes de que entrara en su estudio sin siquiera un golpe de cortesía en la puerta.

Charles levantó la vista de un libro que había colocado en su escritorio. —Siéntate, por favor, Caroline —señaló la silla frente a su escritorio. Caroline le dio una mirada extraña.

—Creo que estaré más cómoda aquí, que en la silla de tu administrador, Charles —

señaló una de las dos cómodas sillas de orejas junto a la ventana, y comenzó a caminar en esa dirección.

—Caroline, te *sentarás* —Charles hizo que su voz saliera dura y cortante, y la vio detenerse sorprendida. Ella se volvió para mirarlo, y él señaló de nuevo la silla donde se sentaba su administrador mientras recibía sus instrucciones—. Esto no es una agradable charla entre hermanos. Te estoy dando instrucciones que seguirás, y como tal, este es un asiento completamente apropiado para ti.

Caroline parpadeó con asombro. En toda su vida nunca había oído a Charles sonar como lo hacía ahora. Lo examinó y preguntó: —Charles, ¿has estado bebiendo?

—Caroline, estoy completamente sobrio, y te sentarás ahora.

Ella se sentó, con los ojos muy abiertos. —Debo decir que no aprecio que me hables en ese tono...

—¿Soy o no soy el cabeza de esta familia? —le preguntó bruscamente.

—Bueno, sí, por supuesto...

—Y como tal, querida hermana, ya he tenido suficiente de que cuestiones mis decisiones. Mañana me caso con la señorita Bennet, el amor de mi vida. A partir de este día, cada comentario despectivo que hagas, cada burla dirigida en su dirección, cada sutil desaire sobre sus orígenes, te costará cinco libras al mes de tu asignación. Cada.

Vez. Individual.

Caroline se sentó con la boca abierta mirándolo con asombro, sin duda pensando que nunca le había hablado tan bruscamente en toda su vida. Después de unos momentos

pareció recoger sus pensamientos y habló, su tono conciliador. —Pero querido hermano, ¡debes saber que siempre he querido lo mejor para ti!

—La señorita Bennet es lo mejor para mí, Caroline. He dejado muy claro en muchas ocasiones que la admiro por encima de todas las mujeres de Inglaterra. Tu insinuación de que no lo es es otro desaire hacia ella, y como tal tu asignación para el próximo mes ahora se reduce a veinte libras.

Caroline se tragó el obvio bocado de réplicas que estaba a punto de soltar y simplemente se sentó, volviéndose lentamente de un tono púrpura poco atractivo.

—Ya te he pedido que solo hables bien de la señorita Bennet —dijo Charles después de unos momentos—. No parecías inclinada a obedecerme cuando te lo pedí amablemente.

Aparentemente el dinero sí habla, sin embargo. Y recuerda, si deseas que afloje las riendas de tu herencia, ¡todo lo que necesitas hacer es casarte! Has tenido tus oportunidades, Caroline: te sugiero

encarecidamente que si no deseas permanecer en mi casa, todo lo que necesitas hacer es aceptar una de las numerosas ofertas que te han hecho y sin duda te volverán a hacer a nuestro regreso a Londres.

—¡Bah! —Ofrecido un nuevo objetivo para su veneno, Caroline recuperó su voz—.

¡Incluso tú, Charles, no puedes obligarme a casarme con un hombre que no quiero!

—Tal vez sería más sabio que reconsideraras algunas de esas ofertas bajo una nueva luz, ahora que el hombre que quieres está siendo retirado del mercado matrimonial —

dijo Charles, no sin amabilidad, pero Caroline se lo tomó mal.

—¿Entiendo que te refieres al señor Darcy? —preguntó en tono gélido.

—Caroline, no te hagas más la tonta de lo que ya te has hecho. Lo perseguiste y él eligió a la señorita Elizabeth.

—Esa pequeña intrigante...

—Creo que mi prohibición de hablar mal de la señorita Bennet se extenderá también a su hermana —dijo Charles antes de que ella pudiera continuar, y Caroline cerró la boca de golpe, aunque sus ojos chispeantes y su rubor intenso expresaban su rabia.

—Caroline, no viviré contigo maltratando a mi esposa —lo dijo suavemente pero con mucha claridad—. No la tratarás con condescendencia, no la difamarás, con nadie, y la tratarás como si estuvieras absolutamente encantada de tener a Jane como tu hermana.

Porque mi lealtad siempre será para mi esposa, y siempre estaré de su lado a partir de

este momento, te advierto que hagas las paces con mi elección ahora, o abandones mi casa tan pronto como puedas. Tienes muchas amigas que siempre están dispuestas a recibirte en sus hogares.

Caroline se sentó rígida, con la boca en una línea tensa y poco atractiva, y Charles suspiró de nuevo, preguntándose si iba a estar cargado con ella por el resto de su vida.

¿Cómo diablos había terminado con una hermana tan trepadora social y esnob?

Culpaba a ese maldito internado en Bath al que su madrastra había insistido en enviarla. Louisa ya estaba fuera y casada cuando su padre se había vuelto a casar, pero Caroline tenía solo diecisiete años y la nueva señora Bingley había considerado que necesitaba algo de refinamiento antes de salir a la Sociedad. Charles se consideraba afortunado de haber escapado de las maquinaciones de su madrastra: ya estaba al final de su primer año en Cambridge, donde había tenido la suerte de encontrar a Darcy como amigo, un amigo del que su madrastra trepadora social había aprobado de todo corazón.

Charles simpatizaba completamente con las señoritas Bennet, pues sabía exactamente lo que era tener una madre insistente determinada a elevar la posición social de la familia a cualquier costo. Su madrastra era la que, estaba seguro, había alentado a Caroline a atrapar a Darcy. Charles solo agradecía a Dios que Darcy no tuviera ningún interés en su hermana. Aunque nada haría a Charles más feliz que llamar a Darcy su hermano, estaba mucho más contento de que se unirían a través de la familia Bennet.

—Quizás —sugirió con suavidad—, una visita a Sir John y Lady Forrest te vendría bien.

—Su madrastra se había vuelto a casar apenas seis meses después de la muerte de su padre, con un hombre mayor extremadamente rico nombrado caballero por sus servicios a la Corona. Sir John no le negaba nada a su esposa, pero no tenía interés en sus hijos. Caroline no obtendría ingresos adicionales allí: Lady Forrest podría prodigarle algunos regalos, pero eso sería todo.

Hubo silencio por unos momentos, y luego Caroline inclinó la cabeza, muy ligeramente.

—Quizás le escriba a Lady Forrest — fue todo lo que dijo, y Charles supo que eso era toda la aquiescencia que obtendría de ella. Había herido su orgullo, sin duda, pero mejor unos cuantos alfileres en las ideas infladas de Caroline sobre sí misma que permitir que hiriera a Jane con su condescendencia.

—No deseo hacerte daño —dijo suavemente, sin que le gustara la expresión rígida y congelada en su rostro—. Solo he querido verte feliz, Caroline.

Ella pareció ordenar sus pensamientos por un momento, y luego dijo: —Solo quería ser la señora de Pemberley.

No parecía haber mucho que pudiera decir a eso, solo: —Me temo que

eso es algo que nunca estuvo en mi poder darte.

—No —respondió ella fríamente, y lo dejó así. Cuando él no dijo nada más, después de unos momentos ella se puso de pie, alisando su falda —. Con tu permiso, Charles, volveré con nuestros invitados. Mis responsabilidades como señora de tu casa permanecen hasta que tu esposa esté lista para asumirlas.

Charles estaba a punto de decir algo mordaz y luego se detuvo para reconsiderar. De alguna manera dudaba que Jane estuviera lista para asumir todas las responsabilidades en su casa el mismo día de su boda. Y de hecho, ¡quizás él no estaría dispuesto a dejarla salir de su cama el tiempo suficiente para hacerlo! En su lugar dijo: —Caroline, eres generosa. He estado pensando que me gustaría llevar a la señorita Bennet de luna de miel por unos días, quizás la próxima semana.

Ella lo miró sorprendida. —¿Pero adónde irían?

Como la idea acababa de surgir en su cabeza en ese mismo momento, Charles se tomó unos momentos para considerar. —Quizás a Eastbourne —dijo entonces—. Nos alojamos en un hotel muy agradable allí el verano antepasado, ¿recuerdas?

—El Grand —dijo Caroline de mala gana—. Era muy agradable, sí.

—Les escribiré solicitando una suite, y si responden que hay una disponible, llevaré a la señorita Bennet, la señora Bingley, y tú te quedarás aquí y te encargarás de Netherfield por mí, si quieres, Caroline, hasta nuestro regreso.

Ella le lanzó una mirada, y luego hizo una reverencia superficial. —Estoy a tu disposición, por supuesto, querido hermano.

El tono era sarcástico, pero realmente no tenía motivos para decir nada. Después de todo, ella había seguido sus directivas. Y no habría nadie en Netherfield sobre quien pudiera descargar su rencor cuando él se fuera: Darcy tenía la intención de irse con Elizabeth un día o dos después de la boda, llevándola directamente a Pemberley, mientras que su primo Fitzwilliam escoltaría a Georgiana en una visita a sus padres, el Conde y la Condesa de Matlock. Solo el señor y la señora Bennet y sus dos hijas restantes estarían lo suficientemente cerca, y Caroline se vería muy mal si no pudiera contener su bilis contra sus nuevos parientes, sin importar cuánto los despreciara.

Charles tomó pluma y papel y comenzó una nota para el gerente del Grand en Eastbourne, solicitando que le informaran a vuelta de correo

si habría una suite disponible para la pareja recién casada dentro de una semana. La terminó rápidamente, la selló y la franqueó, y de camino al salón la dejó en la bandeja del vestíbulo para que fuera enviada por correo por la mañana.

Al entrar en la sala, Charles vio a Georgiana Darcy intentando salir silenciosamente de la compañía, y rápidamente se dirigió a su lado. Era una chica dulce que regularmente necesitaba ser rescatada en situaciones sociales. Brevemente se había sentido un poco incómodo en su presencia una vez que se dio cuenta del plan de Caroline de que se casaran, por supuesto, en fomento de su persecución de Darcy, no por ninguna creencia real de que pudieran congeniar.

—¿Bailará conmigo, señorita Darcy, en mi última noche como soltero? —dijo Charles en voz alta—. ¡Vamos, Louisa, toquemos una melodía!

—Oh, pero yo podría tocar... —Georgiana vio la oportunidad de esconderse detrás del pianoforte, pero Charles no lo iba a permitir.

—De ninguna manera, señorita Darcy, porque si usted toca, ¡todos querrán sentarse a escuchar con reverencia! Louisa tocará y yo haré que sus zapatillas se desgasten de tanto bailar.

Georgiana no pudo evitar reír y tomar sus manos, y un momento después tres parejas más se habían unido al baile, el coronel Fitzwilliam entre ellas con Caroline, para alivio de Darcy, quien como de costumbre cuando Elizabeth no estaba presente, no podía ser persuadido de bailar en absoluto.

Capítulo Tres

LA BODA

JANE NO CREÍA QUE pudiera pegar ojo. Sin embargo, ella y Elizabeth fueron enviadas a la cama bastante temprano, y se sentaron a cepillarse el cabello mutuamente a la luz de una sola vela, hablando en voz baja para no ser descubiertas.

—Así que sí dejaste que el señor Bingley te besara —dijo Elizabeth en tono burlón, pasando suavemente el cepillo por el cabello de Jane. Jane se alegró de estar de espaldas a su hermana, para que Elizabeth no pudiera ver sus mejillas escarlata.

—Sí —murmuró suavemente—, sí, lo hice.

—¿Y te sientes un poco mejor ahora sobre lo que sucederá mañana? —Jane percibió genuina preocupación en la pregunta de Elizabeth.

—Sí, así es —respondió honestamente. Aún temía el dolor, pues el dolor físico era algo que Jane sabía que no toleraba bien. Pero confiaba en que Charles sería gentil con ella y haría todo lo posible por no lastimarla, y después de todo, ¡nunca había oído hablar de una mujer que muriera de dolor en su noche de bodas!

—¡Oh, Jane, te echaré tanto de menos! —Elizabeth dejó el cepillo y la abrazó, y Jane le devolvió el abrazo.

—¡Oh, Lizzy, no tendrás tiempo de extrañarme! Estarás ocupada aprendiendo a ser la señora de una gran finca, y hermana de la señorita Darcy, ¡y esposa del señor Darcy! En un abrir y cerrar de ojos estaremos juntas de nuevo, pues el señor Bingley ha prometido que vendremos a Pemberley para Navidad, e incluso papá dice que piensa venir con mamá y Mary y Kitty, lo que por supuesto significa que lo hará si tú se lo pides dulcemente.

Elizabeth se rió, pero había lágrimas en sus ojos. —¿Me prometes que escribirás muy a menudo, querida mía?

—¡Lizzy, no soy yo quien tiene fama de mala corresponsal! —la regañó Jane riendo.

Elizabeth también se rió entonces, un poco avergonzada. —¡Prometo que me esforzaré más! Y Jane, hay una cosa que debes prometerme, que no dejarás que Caroline Bingley te intimide.

—Estoy segura de que no lo hará —respondió Jane, aunque por dentro temblaba un poco. Caroline Bingley podía ser ferozmente intimidante, y Jane no esperaba con ansias su primera confrontación. Porque habría confrontación. Jane se sabía generosa hasta el exceso y propensa a ceder antes que enfrentar conflictos, pero sería la señora de Netherfield. Y una cosa que la señora Bennet había inculcado a su hija mayor, tan hermosa y claramente destinada a ser esposa de un hombre adinerado y señora de una gran finca, era que una vez que estuviera a cargo, debía Estar a Cargo. Y que debía, a la primera oportunidad posible, informar de ese hecho a cualquier potencial rival de su autoridad.

—Estoy muy segura de que lo haría —respondió Elizabeth.

—Deja a Caroline Bingley en mis manos —dijo Jane con firmeza—, aunque está claro que tú tienes más suerte con la hermana que ganarás que yo. Georgiana Darcy es la chica más dulce.

—¿Verdad que sí? —Elizabeth sonrió con cariño—. ¡Creo que se parece mucho a ti cuando tenías su edad, querida! Y cuando pienso en lo que ese canalla de Wickham intentó hacer...

Ambas se estremecieron al unísono. —Es horrible decirlo, pero debo alegrarme de que Lydia sea ahora la señora Wickham y no Georgiana —dijo entonces Elizabeth—. ¡Al menos Lydia tiene suficiente fuerza de carácter para defenderse!

—Eso espero —dijo Jane, sintiendo de repente que tenía los pies fríos. Se metió bajo las sábanas, atando la cinta en el extremo de la larga trenza que Lizzy había tejido en su cabello mientras hablaban—. Apaga esa vela, Lizzy. Debemos intentar dormir.

Elizabeth suspiró. —¡Estoy segura de que nunca lo lograré! —Pero cumplió con la petición de Jane y se metió en la cama. Siguieron susurrando un rato más, hasta que finalmente Jane sintió que Elizabeth estaba al borde del sueño, pues sus respuestas se volvieron más lentas y menos coherentes. Jane se quedó en silencio y Elizabeth no volvió a hablar.

Jane permaneció despierta durante mucho tiempo, mirando las estrellas. Le gustaba dormir con las cortinas un poco abiertas para poder ver el cielo nocturno, y se preguntó si Charles se lo permitiría. En verano su habitación era tan sofocante. Pero todas las habitaciones de Netherfield eran enormes, y ciertamente no sofocantes. Jane se preguntó cómo sería su habitación. Estaba segura de que Charles le

permitiría redecorarla si lo deseaba: ¡esperaba que no hubiera dejado que Caroline preparara la habitación para la nueva señora! Jane se estremeció ligeramente, pensando en los tonos de naranja y rosa intenso que Caroline Bingley parecía preferir.

Pensar en cómo sería su habitación llevó a Jane a preguntarse. ¿Vendría Charles a su habitación? ¿Estaría su habitación contigua, y esperaría que ella fuera a él?

¡Seguramente no! Y Jane estaba muy segura de que no podría, que nunca sería capaz de caminar hacia su cama solo en camisón o bata. ¡Sus rodillas flaqueaban con solo pensarlo! Pero entonces recordó la mirada ardiente que Charles le había dado después de ese beso y sonrió para sí misma. No, Charles vendría a ella, y con entusiasmo, pensó.

Jane se quedó dormida al fin con una sonrisa en el rostro, recordando ese beso, el calor y la ternura de la boca de Charles, la fuerza de sus manos mientras la abrazaba.

—¿Aún están en la cama? —Fue el agudo grito de la señora Bennet lo que despertó a Jane—. ¡Hill! ¡Hill! ¡Ve a despertar a Jane y a Lizzy inmediatamente! ¡Oh, Dios mío!

¡Nunca estaremos listas!

Los temores de la señora Bennet eran infundados: ambas chicas estuvieron listas con tiempo de sobra para subir al carruaje con su padre y viajar a la iglesia, aunque nunca se habría sabido que fueron puntuales por la mirada de pánico en el rostro de Charles Bingley. De alguna manera, durante la noche se había convencido de que había aterrorizado a Jane con su ardor y que ella, una virgen pura y perfecta, se encontraría completamente incapaz de llevar a cabo la boda. La expresión de alivio en su rostro cuando Jane entró en la iglesia del brazo del señor Bennet era cómica de ver, aunque Darcy, que habría sido el más propenso a reírse de él, estaba completamente ocupado mirando a Elizabeth.

Las dos hermanas habían elegido usar vestidos idénticos de satén blanco purísimo, con delicadas bandas de encaje de Bruselas en los dobladillos y mangas. Bingley, que en privado esperaba una masa de volantes elegidos por la señora Bennet, estaba absolutamente encantado. El cabello dorado de Jane estaba recogido en una compleja corona de trenzas entrelazadas con pequeños capullos de rosas blancas, y le pareció que lo único que le faltaba era un par de alas

para ser un ángel de verdad. Caminó por el pasillo hacia él, con una suave sonrisa en su hermoso rostro, y él dio un paso adelante como en un estado de ensoñación para tomar su mano.

—Nunca te he visto tan hermosa como hoy —susurró, y un bonito rubor tiñó las pálidas mejillas de Jane.

La ceremonia de boda fue un borrón para Charles, quien apenas pudo hacer otra cosa que mirar fijamente a Jane. Ella a menudo levantaba la mirada hacia él con esos impresionantes ojos aguamarina, con ese rubor aún coloreando su rostro hermosamente, pero su voz era firme y clara mientras repetía cuidadosamente sus votos. Bingley estaba seguro de que él había tropezado y tartamudeado como un completo bufón, pero todo lo que podía pensar era que en unas pocas horas tendría a Jane para sí mismo por fin.

Darcy había ordenado que trajeran su cabriolé desde Londres para la ocasión, y después de la ceremonia en la iglesia, ambas parejas se sentaron en el carruaje abierto para el viaje de regreso a Netherfield. Los niños locales les arrojaban pétalos de flores y Charles se rio mientras se alejaban, quitándose el sombrero de copa y sacudiendo los pétalos de él. Jane también reía, recogiendo pétalos de su regazo y lanzándolos fuera del carruaje.

Darcy y Elizabeth habían escapado de lo peor: Jane había estado directamente en el camino de la lluvia de pétalos y estaba bastante cubierta de ellos, cayendo de su cabello mientras movía la cabeza. Unos cuantos pétalos blancos habían caído sobre su pecho, y Charles se encontró mirando fijamente mientras caían dentro del escote de su vestido.

—Oh, maldición —murmuró Jane, tratando de quitarse los pétalos de la piel. Se deslizaron dentro del modesto escote de su vestido, y ella frunció ligeramente el ceño, preguntándose si debería intentar sacarlos de su escote. No, mejor no, eso se vería

impropio en el mejor de los casos. Levantó la mirada y sorprendió a Charles mirando fijamente su escote, y se sonrojó de nuevo.

Charles miró rápidamente a Darcy y Elizabeth, quienes parecían completamente absortos el uno en el otro, y luego se inclinó hacia Jane y murmuró:

—Te ofrecería ayuda, pero temo que no me comportaría muy bien una vez que pusiera mis manos sobre ti.

Jane se preguntó qué tan roja se estaba poniendo su piel. Sus mejillas se sentían excesivamente calientes. Murmuró:

—Te agradezco tu oferta, Charles, pero creo que quizás sería mejor si le pido ayuda a una doncella en Netherfield.

—Si quieres asistir a tu desayuno de bodas, estoy bastante seguro de que eso sería lo mejor —acordó Charles con una sonrisa, porque aunque las palabras eran reprensivas, el tono no lo era, y Jane tenía una pequeña sonrisa curvando las comisuras de sus labios. Ella era tan hermosa cuando se sonrojaba, también. Esperaba verla sonrojada muy a menudo, de hecho. Quizás podría provocar sonrojos diciéndole que ella había rondado sus sueños desde su primer encuentro... pero quizás ella aún no entendería la implicación de que se había comportado de manera mucho más lasciva en sus sueños de lo que jamás lo habría hecho en la vida real.

El desayuno de bodas pareció interminable. Al menos Caroline estaba en su mejor comportamiento, pensó Charles, viéndola conversar educadamente con la Condesa de Matlock y la señorita Darcy, sin duda las únicas dos mujeres en la sala a las que no consideraba definitivamente como sus inferiores sociales. Miró más allá en la sala y vio a Jane, siendo abrazada cálidamente por su padre. Si Caroline había sido la mujer más infeliz en la boda, el señor Bennet ciertamente había sido el hombre más infeliz: obviamente no le gustaba perder a sus dos hijas favoritas al mismo tiempo, y evidentemente era un golpe amargo que Elizabeth se mudara tan lejos.

A Charles le pareció que se acercaba la medianoche cuando por fin pudo despedirse de sus últimos invitados. Darcy y Elizabeth habían desaparecido escandalosamente hacía una hora completa, aunque todos eran demasiado educados para comentarlo, incluso la señora Bennet. Jane nunca flaqueó; graciosa y encantadora con todos, parecía una esbelta rosa blanca mientras esperaba al pie de las escaleras. Bingley caminó lentamente hacia ella, y cuando la alcanzó, levantó su delicada mano y la llevó a sus labios.

—Debes estar agotada más allá de lo imaginable, señora Bingley —dijo suavemente, revisando con pesar sus planes para la noche—. Tu nueva doncella Helena te habrá preparado un baño: ruego que lo disfrutes y luego duermas bien.

Un rubor escarlata cubrió el rostro de Jane, y pensó con repentina angustia que él no la deseaba. Pero entonces se dio cuenta, por supuesto que no. Era solo Charles siendo típicamente generoso y

considerado. Bueno, ella no tendría nada de eso. ¡No se había armado de valor para pasar esta noche, solo para tener que reunir su coraje de nuevo mañana!

—Charles —dijo, obligándose a mirarle valientemente a los ojos—, Lizzy y yo siempre hemos compartido habitación. Temo que no dormiré nada bien si debo dormir sola.

—No creo que Elizabeth esté disponible… —comenzó Charles, y luego se detuvo confundido, sintiéndose como un completo tonto cuando los suaves labios de ella se curvaron divertidos y se dio cuenta de que había malinterpretado su significado—. Oh

—dijo, bastante inadecuadamente.

—Por supuesto, estoy segura de que tú también debes estar cansado —dijo Jane amablemente—, y quizás mis ronquidos te mantendrán despierto…

—De alguna manera dudo que ronques —dijo Charles, viendo el brillo de humor en sus ojos.

—Quizás no. Aunque Lizzy me asegura que doy patadas abominablemente…

—Le preguntaré a la señora Darcy, pero sospecho que acabas de decirme una falsedad.

—Quizás deberías investigar por ti mismo, en media hora más o menos —dijo Jane con picardía. Y luego deslizó su mano de la de su esposo y se alejó subiendo las escaleras, mirando por encima de su hombro y viéndolo sonreírle. Sus mejillas nunca habían estado tan rojas, estaba segura.

Charles no pudo evitar sonreír. Jane obviamente estaba avergonzada por su propio atrevimiento, pero era igualmente obvio que acababa de hacerle una invitación descarada. Una que él no tenía intención de rechazar. Esperó unos momentos y luego siguió a Jane escaleras arriba, dirigiéndose a su propia habitación.

Capítulo Cuatro

NO ES NINGÚN DEBER

JANE ESTABA ENCANTADA CON Helena, una agradable joven de Meryton que había sido especialmente contratada para ser su doncella. Tenía la desagradable sospecha de que Caroline había intentado cargarla con alguna vieja arpía, pero Charles había enviado a su ama de llaves a Longbourn para consultar con Hill sobre cualquier recomendación que pudiera tener para la doncella personal de Jane, lo que había encantado a Hill sin fin. Helena era una pariente suya, una joven muy agradable que había sido bien entrenada para ser doncella de una dama. Era tranquila y suavemente eficiente mientras desataba el vestido de Jane y la ayudaba a meterse en el lujoso baño que estaba preparado frente a un fuego crepitante en su vestidor. Lo cual fue otra agradable sorpresa para Jane: las habitaciones que habían sido preparadas para ella eran encantadoras, discretamente sobrias pero sencillas, no del todo terminadas, esperando su mano para convertirlas en su lugar personal. Tenía un vestidor, un dormitorio y un salón privado, una puerta del cual conectaba con la suite de Charles.

Consciente del tiempo que le había asignado a Charles, Jane no se permitió demorarse en su baño. Helena la secó y la ayudó a ponerse su camisón y bata, cosas bonitas y de encaje que eran un regalo de su tía Gardiner. La doncella estaba cepillando suavemente el largo cabello de Jane frente a su espejo de vestir cuando se oyó un suave golpe en la puerta del salón.

—Eso será todo, gracias Helena —dijo Jane, orgullosa de poder mantener su voz tranquila y firme. La doncella hizo una reverencia y se deslizó por la puerta de servicio del vestidor mientras Jane iba a abrir la puerta ella misma.

Su cabello era aún más largo de lo que se había dado cuenta, fue el primer pensamiento aturdido de Charles. Caía en una espesa cascada de seda dorada hasta sus caderas.

Inmediatamente quiso enredar sus manos en él, enterrar su rostro para inhalar profundamente el suave aroma a rosas que siempre emanaba de la piel de Jane.

Absorbió cada detalle de su apariencia, del fino camisón de lino y la bata adornados con delicado encaje de Bruselas, el hecho de que ella obviamente no era consciente de la forma en que el fuego detrás de ella perfilaba su exuberante figura de una manera que le hizo contener la respiración.

—Eres —dijo al fin, consciente de que su voz estaba ronca de deseo— asombrosamente hermosa.

Jane rió un poco y se sonrojó. Ella también lo había estado observando, absorbiendo su apariencia. Parecía más alto que nunca, y se dio cuenta de que era porque ella estaba descalza. Él llevaba una bata de seda azul oscuro y pantalones sueltos de seda del mismo color, y aunque la bata estaba ceñida, estaba abierta en el cuello y ella podía ver claramente la piel de su pecho, más musculoso de lo que había pensado que sería. Por supuesto, siempre se veía bien en su ropa formal, con los hombros anchos y fuertes, pero algunos hombres sí rellenaban sus abrigos...

Los pensamientos de Jane se volvieron incoherentes cuando Charles se acercó lo suficiente para tomar sus manos entre las suyas.

—¿Estás completamente segura de esto, Jane? —le preguntó suavemente—. Debes estar cansada, y podemos esperar... no debes sentir que tienes que cumplir con tu deber esta noche...

—No lo considero un deber —dijo Jane honestamente. Y no daré a tu casa motivo de chismes si no se encuentra sangre en mis sábanas por la mañana, pensó para sí misma—

. Quiero... quiero ser verdaderamente tu esposa, Charles —encontró palabras que pudo pronunciar—. Por favor.

—Ah, mi Jane —la atrajo a sus brazos, presionando su rostro contra la parte superior de su cabeza, y Jane se sintió absurdamente pequeña y frágil junto a su fuerza—. Una cosa te prometo, y es que nunca más tendrás que suplicarme que vaya a tu cama. —Había una risa en su voz, mientras la llevaba suavemente a su dormitorio y hacia la gran cama

con dosel con sus sutiles cubiertas color crema, ya hábilmente preparada por Helena.

Jane era demasiado baja para sentarse en ella, así que con una suave risa él tomó su cintura con sus grandes manos y la levantó como si fuera ligera como una pluma.

—¡Oh! —Jane dejó escapar un suave jadeo cuando fue levantada del suelo y depositada en el grueso y suave colchón. Y entonces Charles estaba acostado a su lado, sus ojos azules mirando los suyos mientras la acercaba. Ella no pudo evitar tensarse un poco, y él le sonrió y negó con la cabeza suavemente.

—Jane, mi amada, relájate un poco. No hay prisa, y si nos apresuramos probablemente te lastimaré, y nunca haría eso voluntariamente. Necesitas confiar en mí.

—Confío en ti —susurró ella—, pero Charles, no me gusta nada sufrir dolor.

—Ah —sonrió él con pesar—, me temo que no puedo garantizarte que no habrá ninguno, al menos no esta primera vez. Pero puedo prometerte que seré tan gentil y considerado como pueda ser, y que aunque te duela esta vez, la próxima vez encontrarás placer en hacer el amor.

Los ojos de Jane se abrieron sorprendidos, y Charles maldijo suavemente entre dientes.

¿Qué clase de tonterías le había estado metiendo su madre en la cabeza, si Jane ni siquiera esperaba disfrutar de su lecho conyugal?

—¿Te gustó cuando te besé, Jane? —preguntó suavemente, y vio cómo ese bonito rubor coloreaba sus mejillas de nuevo. Ella asintió en silencio—. Entonces será mejor que confíes en mí en que te gustará el resto mucho más que besar.

Con los ojos color aguamarina muy abiertos, Jane solo pudo susurrar:

—¿Podríamos… podríamos empezar con besos?

La boca de Charles se curvó.

—Oh, sí. —Y la acercó aún más y llevó su boca a encontrarse con la de ella.

Los sentidos de Jane se tambalearon bajo el impacto de ese beso explosivo, parecido y a la vez diferente a la forma en que la había besado en el jardín de Longbourn. Quizás era que esta vez Charles no estaba conteniendo nada, besándola con un hambre feroz que ella sentía que hasta ahora había mantenido bien atada. Y lo más sorprendente era que su ardor provocaba una respuesta igualmente apasionada en ella, de la cual Jane nunca había sospechado que pudiera ser capaz. De alguna manera se encontró con que sus

manos habían trabajado dentro del cuello de su bata, y exploraba curiosamente su piel, caliente y suave, dura con músculos mientras sus brazos se movían para sostenerla más cerca.

El toque suave y ligero como una pluma de sus dedos en su pecho estaba volviendo loco a Charles. Tuvo que recordarse que esta no era la Jane desenfrenada que había habitado sus sueños durante muchos meses, sino su Jane, su ángel real y vivo, y que no debía ser brusco o exigente o podría darle un disgusto con su toque que podría llevar mucho tiempo superar. Suavemente tiró de las cintas de su bata, aliviado cuando se soltaron al tacto. El cuello de su camisón se abrió con la misma facilidad, y se maravilló de la suavidad sedosa de su piel. Lenta y suavemente recorrió con sus dedos hacia abajo, sopesando ligeramente su pecho en su mano, rozando el pezón con su palma, sintiendo con placer la forma en que se endurecía bajo su toque.

Jane dejó escapar un pequeño sonido contra su boca, y él dejó de besarla por un momento para preguntar:

—¿Estás bien, mi querida?

—Eso se siente… impactante, pero tan agradable, Charles —jadeó ella, y luego un verdadero gemido escapó de sus labios cuando él pellizcó ligeramente su pezón con las yemas de sus dedos.

Charles se rio suavemente.

—Jane, vas a tener que suspender tus instintos por esta noche, porque voy a hacerte muchas más cosas que encontrarás muy impactantes si

piensas demasiado en ellas.

La besó de nuevo y luego comenzó a dejar un rastro de besos por su cuello.

—Deja de pensar y simplemente déjate sentir, Jane —ordenó, y luego su boca se cerró suavemente sobre su pezón y fue recompensado con un suave jadeo entrecortado de ella.

Jane apartó firmemente su conmoción al fondo de su mente. No iba a ser mojigata, ahora era una mujer casada y haría lo que su esposo deseara. Su espalda se arqueó y no pudo evitar dejar escapar un gemido bajo cuando él la mordisqueó suavemente.

Aunque esperaba que él no pensara que era demasiado lasciva.

—Quiero… quiero verte —murmuró, empujando sus hombros—. Por favor, Charles, quítate esto.

Él no dudó en obedecer, quitándose la bata con una mano mientras continuaba sus atenciones a sus pechos. Y entonces una mano fuerte se deslizó más abajo, empujando el camisón y la bata de su cuerpo, acariciando suavemente sus muslos antes de posarse posesivamente sobre su lugar más íntimo.

Jane ya no parecía tener control sobre su propio cuerpo. Las manos fuertes pero infinitamente gentiles de Charles parecían estar en todas partes, explorando dónde y cómo le gustaba ser tocada, y ella reaccionaba instintivamente, incapaz de evitar retorcerse bajo ese toque suave y exploratorio. Pronto su boca ardiente la siguió hasta sus puntos más sensibles y ella se avergonzó al descubrir que estaba gimiendo incoherentemente y jadeando su nombre.

Charles, por su parte, estaba completamente encantado con la receptividad de Jane.

Consciente de que su necesidad por ella había alcanzado niveles casi insoportables, estaba decidido a que ella obtuviera placer de sus caricias antes de tomar su virginidad.

Y así exploró con el mayor deleite su cuerpo, tan exuberante y suave, esa piel perfectamente blanca más sedosa que la seda más fina, amándola más con cada pequeño sonido que hacía, el rubor de la excitación inundando su carne mientras finalmente se movía sobre ella y tomaba su boca con la suya. Ella se arqueó debajo de él, suplicando sin palabras, y él se posicionó cuidadosamente y empujó.

El dolor fue mínimo. Un pellizco agudo, una sensación ligeramente incómoda, pesada y de estiramiento profundo dentro de ella. Y luego el placer comenzó de nuevo, aún más intensamente que antes, creciendo y creciendo hacia algo que no sabía qué era hasta que el mundo giró a su alrededor y gritó el nombre de Charles con asombrado deleite.

—Oh, Jane —gruñó él, sintiendo los músculos sedosos apretarse a su alrededor, y abandonando por completo su batalla por el control. El clímax lo sacudió con su asombrosa intensidad, y luego se desplomó sobre Jane, gimiendo su nombre de nuevo mientras las réplicas de placer ondulaban por su columna. Los delgados brazos de ella lo rodearon, y después de un momento se dio cuenta de que se estaba riendo suavemente.

—¿Jane? —levantó la cabeza con incertidumbre para mirarla, y ella se estiró para besarlo.

—Oh, Charles, eso no dolió en absoluto, ¡y fue tan maravilloso! —sus ojos brillaban mientras lo miraba.

—Te amo tanto —le dijo él, con el corazón desbordante incluso mientras aún latía con emoción. Su sonrisa era gloriosa, y ya no tímida.

Charles se separó de Jane suavemente, mirando hacia abajo y haciendo una mueca ligera ante la vista de la sangre manchando sus delgados muslos. Con delicadeza, extendió una manta sobre ella.

—Espera aquí —le dijo, y en el tocador, mojó un paño en el baño enfriado y se limpió rápidamente, antes de enjuagarlo y volver para atender a su esposa. Exhausta y saciada, ella se quedó quieta mientras él lavaba tiernamente la sangre de sus piernas.

—Duerme —susurró Charles, viendo sus ojos aguamarina nublados por la fatiga.

—¿Te quedarás conmigo? —susurró Jane en respuesta.

—No podrías alejarme —le sonrió, y ella sonrió contenta y cerró los ojos.

Lejos de patearlo en su sueño, Jane en cambio se acurrucó en sus brazos como un gatito, frotando su mejilla contentamente en su pecho. Charles estaba seguro de que nunca había sido tan feliz en su vida, mientras cerraba sus propios ojos, inhalando el suave aroma a

rosas.

Capítulo Cinco

ALEGRÍA MATUTINA

JANE DESPERTÓ SINTIÉNDOSE CÁLIDA y sumamente cómoda. Se estiró lujuriosamente, con los ojos aún cerrados, y golpeó la parte superior de su cabeza.

—¡Ay! —dijo, justo al mismo tiempo que Charles decía lo mismo.

—¡Oh! —Los ojos de Jane se abrieron de golpe y se dio cuenta de que estaba acostada sobre el pecho de Charles, y que acababa de golpearse la cabeza contra su barbilla—.

¡Oh, cielos! —Las mejillas de Jane se ruborizaron intensamente, porque no llevaba ni una sola prenda de ropa, ¡y él tampoco! No sabía dónde poner los ojos... ¡ni las manos!

—Buenos días, señora Bingley —dijo Charles con voz arrastrada, adivinando con bastante precisión los pensamientos de Jane mientras ella cerraba los ojos con fuerza.

Suavemente, deslizó sus dedos por la curva de su columna.

—Charles, no debes, tienes que irte —chilló ella—. Helena vendrá pronto, seguramente... —en los pocos momentos que tuvo los ojos abiertos, Jane había visto claramente que la luz de la mañana inundaba la habitación.

—Helena no es lo suficientemente tonta como para entrar en tus aposentos hasta que llames ahora que eres una dama casada, señora Bingley. —Ella estaba tensa contra él, y Charles volvió a deslizar sus manos por su espalda—. Relájate, Jane —le susurró al oído—. Dale un beso a tu marido.

—Nuestros invitados —dijo ella débilmente, su resolución de comportarse como una dama desvaneciéndose rápidamente bajo su suave toque.

—No esperarán vernos en todo el día: de hecho, si lo hicieran, probablemente pensarían que algo no anda bien con nuestro matrimonio. Tal vez que te he hecho daño.

—¡Oh, no, no lo hiciste en absoluto, Charles! —Los ojos de Jane se abrieron de golpe—.

Yo… me gustó lo que hicimos —su voz era muy tímida, pero sus ojos color aguamarina se encontraron directamente con los de él.

—Bien, porque tengo una poderosa necesidad de amarte de nuevo —le dijo, sonriendo, mientras rodaba para atraparla debajo de él. Jane soltó una risita, y luego perdió todo deseo de reír cuando su boca descendió sobre la suya, caliente y hambrienta y ya no en absoluto aterradora.

Aproximadamente media hora después, Charles finalmente permitió a Jane tocar la campana. A regañadientes, recogió su bata y pantalones y regresó a su propia habitación, aunque no antes de decirle a Jane que ordenaría que sirvieran el desayuno en su salón privado y que vendría a reunirse con ella allí en un rato. Estaba rígida y un poco adolorida, estaba seguro de ello por la forma en que se movía aunque ella no se quejara, y estaba bastante seguro de que agradecería mucho un baño relajante.

—Pero no dejes que Helena te vista —la besó con un hambre que no era menos feroz por haber sido saciada—. Ven con tu camisón y bata, porque una vez que hayamos comido, probablemente necesitaré volver a la cama contigo.

—Charles —Jane comenzó a protestar, sonrojándose de nuevo, y él le agarró el cabello de la nuca y la besó con más fuerza.

—Y dile que te deje el pelo suelto. —Sonrió ante su expresión indignada—. Me gusta sentirlo por todo mi cuerpo.

—Eres escandaloso —dijo ella con una pequeña sonrisa—, pero es deber de una esposa ser obediente a su marido, así que haré lo que deseas.

Charles se rió y se dirigió de vuelta a su propia habitación, donde su ayuda de cámara ya lo esperaba, alertado por la campana que Jane había tocado para Helena.

Jane se quedó en la cama, estirando su camisón y bata lo mejor que pudo, incapaz de suprimir su sonrojo al pensar que todos en la casa sabían exactamente lo que ella y Charles habían estado haciendo. Y luego, un momento después, Helena entró desde el vestidor a la cabeza de un pequeño ejército de doncellas. Los lacayos detrás de ella ya estaban vaciando el baño de anoche y vertiendo agua caliente fresca para uno nuevo.

En poco tiempo, Jane se bañó mientras cambiaban su cama, las sábanas manchadas de sangre fueron retiradas rápidamente, aunque sabía que seguramente serían exhibidas y discutidas abajo. Helena sostuvo un vestido de día para que Jane lo considerara mientras estaba en el baño, pero Jane, sonrojándose, negó con la cabeza.

—No, Helena. El señor Bingley ha decretado que no recibiremos visitas hoy.

—Muy bien, señora —totalmente discreta y adivinando bien la dirección de los pensamientos del amo, Helena produjo un camisón y una bata frescos. Tampoco levantó una ceja cuando Jane se sonrojó y pidió que le dejaran el pelo suelto después de cepillarlo. La doncella solo inclinó la cabeza y se marchó silenciosamente cuando Jane murmuró—: Gracias, Helena, eso será todo.

Jane respiró profundamente y abrió la puerta de su salón. Charles levantó la mirada hacia ella y sonrió. Vistiendo de nuevo sus pantalones y bata de seda, le pareció tan guapo, relajado en el sofá con una taza de té en la mano.

—¿Té, querida mía? —ofreció.

—Me encantaría —Jane se sentó a su lado y aceptó la taza que él le sirvió, añadiendo un chorrito de miel tal como a ella le gustaba. Recorrió con la mirada el festín dispuesto en la pequeña mesa frente a ellos y sonrió—. Tu cocinera nos ha hecho sentir orgullosos, Charles.

—Creo que sospechaba que tal vez había aumentado mi apetito —dijo traviesamente, y se rió cuando Jane se sonrojó una vez más—. Eres

tan bonita cuando te sonrojas.

—¡Es una suerte que esa sea tu opinión, porque pareces deleitarte en provocarme! —

replicó ella—. ¡No pensé que fueras tan bromista, señor Bingley!

—Solo con mi encantadora novia —dijo profundamente, sonriéndole —. Ven, mi amor.

Prueba este pastel, está delicioso.

Charles insistió en alimentar a Jane con deliciosos bocados de comida con sus propias manos, hasta que ella declaró estar completamente satisfecha. Y entonces la levantó en sus brazos, a pesar de su chillido de protesta, y la llevó a su cama esta vez.

—¿Estás adolorida? —preguntó en voz baja mientras la recostaba.

Jane dudó. —¿No realmente?

Él se sentó sobre sus talones, mirándola pensativamente. —¿Por qué no termino de creerme eso?

—¡No lo estoy! —insistió Jane—. Un poco rígida, tal vez, por mis... caderas. —No era una palabra fácil de decir en voz alta, incluso a su marido, descubrió. Sin embargo, él asintió comprensivamente.

—El ejercicio poco habitual —dijo Charles con una pequeña sonrisa— puede hacer eso.

Como pasar un largo día a caballo cuando uno no ha montado en un tiempo.

Jane asintió, agradecida por la comparación inocua. Parecía haber pasado casi cada minuto desde su matrimonio en un estado permanente de sonrojo, se preguntó si alguna vez se acostumbraría a los eventos y palabras que le causaban vergüenza.

Probablemente no, sospechaba, mientras su marido le quitaba suavemente la bata y el camisón para dejarla completamente desnuda ante su mirada hambrienta.

—Intentaré no hacer que te duelan más las caderas —dijo Charles, con una sonrisa juguetona en los labios.

—¿Cómo...? —comenzó Jane, y luego se dio cuenta de que no debería

haber preguntado cuando vio que él alzaba las cejas.

—Creo que prefiero mostrártelo en lugar de decírtelo —le dijo Charles con una sonrisa pícara, deslizándose por la cama, separándole las piernas y acostándose entre ellas. Jane observó con los ojos muy abiertos cómo él comenzaba a presionar suaves besos contra la parte interna de sus muslos, con la mandíbula recién afeitada suave contra su piel.

—¿Qué estás...? ¡Charles! —Fue un chillido de sorpresa cuando él presionó un beso con la boca abierta contra su punto más íntimo—. ¡Oh, Dios... oh, Dios mío! —Sus ojos azules brillaron mientras su lengua se movía, y Jane descubrió que no podía mirarlo.

Agarrando una almohada, se la puso sobre la cara y gritó su placer en ella mientras Charles continuaba su labor.

Cuando Charles retiró suavemente la almohada, Jane, con el rostro escarlata, no pudo mirarlo a los ojos. Se dio la vuelta y presionó la cara contra el colchón; chilló de sorpresa cuando la mano de él le acarició la parte baja de la espalda y le dio una suave palmada en el trasero.

—Estoy segura de que eso es muy perverso —dijo con voz pequeña.

—¿Lo estás? —Presionó besos lentos a lo largo de su columna, subiendo desde la parte baja de su espalda, recogiendo su espeso cabello dorado en sus manos para apartarlo a un lado, fuera de su camino—. ¿Por qué estás tan segura?

No podía expresarlo con palabras. —Algo que se siente tan bien seguramente debe ser pecaminoso —dijo finalmente contra las sábanas, sintiendo que se le ponía la piel de gallina cuando él llegó a la nuca.

—Hay bastantes actos considerados pecaminosos cuando se realizan fuera del matrimonio, que están perfectamente permitidos cuando ocurren entre marido y mujer

—dijo Charles, divertido—. En la intimidad de nuestro dormitorio, Jane mía, no quiero oír hablar de pecado de tu parte. —Con suavidad, le rodeó la esbelta cintura con el brazo y la atrajo hacia sí, poniéndola de lado para acunarla en la curva de su cuerpo más grande—. Aquí solo hay amor; el intenso amor que siento por ti, mi deseo de que solo encuentres alegría en nuestra cama.

—Lo hago —susurró Jane—. Yo también te amo, Charles...

—Entonces, por favor, mi querida, por favor confía en mí. Hacer el amor es natural y hermoso; Dios no habría hecho tu cuerpo capaz de tales placeres si no fuera parte de Su gran diseño, ¿verdad?

—Supongo que no —concedió ella, atreviéndose a mirarlo de reojo mientras él besaba suavemente su hombro—. ¿Tú... se siente así para ti también, Charles?

—Los hombres y las mujeres no son iguales, así que no puedo responder exactamente a tu pregunta, mi amor. Pero sí, creo que se siente muy parecido... si para ti también se siente como un pequeño atisbo del cielo en la tierra.

Jane jadeó cuando la mano de él se movió hacia arriba y sus dedos comenzaron a acariciar sus senos de nuevo, muy suavemente. Podía sentir la dura barra de su hombría presionando contra la parte baja de su espalda, y se mordió los labios cuando esa excitación desconocida comenzó a brotar dentro de ella. —Sí —dijo, tratando de

mantener la voz firme—. Se siente justo como el cielo, pero Charles... me siento tan lasciva.

Él se rio contra su hombro, inclinándose más hacia adelante para besar su mejilla mientras sus dedos la provocaban y la tentaban. —Mientras solo te sientas así por tu marido, ángel mío, no hay pecado.

—¡Oh, nunca podría considerar sentirme así con nadie más! —exclamó Jane, bastante escandalizada.

—Bien. —Su rodilla se deslizó entre las de ella, separando sus muslos mientras se movía detrás de ella.

—¿Incluso esto... esto no es pecaminoso? —Jane no pudo reprimir un gemido cuando la mano de Charles dejó su seno, deslizándose entre sus piernas, mientras él presionaba contra ella desde atrás.

—En absoluto —le aseguró Charles sin aliento—. Puedes relajarte y disfrutarlo con la conciencia tranquila.

—Oh, q-qué bien —jadeó Jane, incapaz de evitar arquearse contra él mientras su hombría volvía a entrar lentamente en ella—, ¡de lo contrario nunca más podría poner un pie en la iglesia!

Después, Jane yacía acurrucada al lado de Charles, sus delgados dedos

trazando suavemente sobre los músculos definidos de su pecho. Él sonreía dichosamente al techo, pensando que iba a disfrutar del matrimonio mucho más de lo que jamás había imaginado. Una mano trazaba suavemente la cascada del largo cabello dorado de Jane, que caía como hilos de seda revueltos detrás de ella.

—Tu cabello es tan suave —murmuró, sintiéndose casi embriagado de placer—.

Seguramente soy el hombre más afortunado de Inglaterra en este momento.

Jane sonrió contra su piel. —Seguramente yo soy la mujer más afortunada —respondió suavemente.

Volviéndose de lado, mirándola a los ojos, Charles le dijo con sinceridad: —Te lo dije cuando volví a ti, pero quiero decirlo de nuevo. Fui un gran tonto al irme de aquí el pasado noviembre, y agradezco a Dios que Elizabeth tuviera la oportunidad de ir a Derbyshire con tus tíos. En el momento en que la vi, me di cuenta de que lo que había

estado tratando de hacer era imposible; que nunca podría olvidarte porque te habías instalado en mi corazón.

—Oh, Charles. —Jane tuvo que parpadear para contener las lágrimas que amenazaban con salir—. Cuando Lizzy me dijo que te había visto, que habías preguntado tan particularmente por mí... temía albergar esperanzas.

—Lo siento mucho por lo que te hice, ángel mío. —Con suavidad, acarició la pura línea de su mandíbula y se inclinó para presionar un beso en su frente—. Nunca más permitiré que nada se interponga entre nosotros, te lo prometo.

Jane sonrió mientras él la rodeaba con sus brazos, atrayéndola hacia sí. —Ni siquiera la ropa, aparentemente —dijo con picardía, haciendo que Charles estallara en carcajadas.

—¡Especialmente no la ropa!

Capítulo Seis

CAROLINE CAUSA PROBLEMAS

DARCY Y ELIZABETH, HABIENDO pasado una noche muy dichosa por su cuenta, sintieron que era su deber como invitados en Netherfield reunirse con la compañía a la hora del desayuno. Inmediatamente después del desayuno, cuando Darcy se disculpó para dar un breve paseo a caballo —necesitaba liberar algo de energía para no comportarse de manera vergonzosa y llevarse a Elizabeth a la cama de nuevo—, Caroline Bingley no perdió tiempo en hacer varias indirectas poco sutiles a Elizabeth sobre el comportamiento maleducado de sus hermanas menores el día anterior.

Elizabeth sabía que Kitty se había comportado como una completa tonta al conocer al coronel Fitzwilliam, pero aun así era terriblemente grosero por parte de Caroline señalarlo, especialmente ahora que estaba emparentada con Kitty por matrimonio.

Elizabeth consideró sugerir que Caroline tomara a Kitty bajo su tutela para enseñarle a comportarse de una manera más apropiada para una dama, pero en realidad, Kitty no había hecho nada lo suficientemente malo como para merecer que le infligieran a Caroline. Se mordió la lengua.

—No se podía esperar nada mejor, supongo —dijo Caroline con desdén—, considerando que tú misma, Eliza, mostraste una notable ignorancia al marcharte antes de que la compañía general se dispersara ayer por la noche.

Elizabeth parpadeó con asombro.

—El señor Darcy y yo no éramos los anfitriones de la reunión, señorita Bingley —

observó fríamente.

La señorita Darcy se encontraba lo suficientemente cerca como para escuchar su conversación.

—De hecho —intervino, sorprendiendo a Elizabeth, quien no pensaba que la tímida muchacha fuera capaz de hablar en su defensa—, observé que fue decisión de mi hermano marcharse temprano, señorita Bingley.

Ante este comentario, las esperanzas frustradas de Caroline alcanzaron

su punto máximo en un ataque de rabia.

—Bueno, todos sabemos que los hombres son incapaces de controlar sus instintos más bajos —dijo con frialdad—, pero habría pensado que Eliza debería saber que no está bien mostrar demasiado afecto por el marido en público. Ni siquiera en privado. Se considera de muy mala educación.

—¿Dónde está su hermano esta mañana, señorita Bingley? —preguntó Elizabeth, sabiendo perfectamente dónde estaba Charles—. Me gustaría ver a mi hermana.

La expresión de Caroline estaba púrpura de rabia.

—¡Apartado de sus deberes con los invitados por las artes y seducciones de una mujer licenciosa! —siseó.

—¿Está insinuando que mi hermana llegó a su matrimonio en una condición menos que casta? —Elizabeth perdió la paciencia—. Le advierto, señorita Bingley, si tal calumnia llega a oídos de Jane, yo... yo...

—¿Tú qué? —se burló Caroline con desprecio.

—¡Se lo diré a mi hermano, y puede estar segura de que nunca más será recibida por ninguna conexión respetable de la familia Darcy! —Fue Georgiana quien habló, completamente horrorizada por lo que estaba presenciando—. No puede estar insinuando tal cosa sobre la señorita Bennet... ¡la señora Bingley ahora! La conozco solo desde hace unos días, y es la dama más dulce y amable... ¡debería rogar a Dios que la perdone por decir cosas tan terribles sobre ella!

—Está bien, Georgiana —Elizabeth tomó la mano de su nueva hermana y la apretó suavemente, aunque sus ojos nunca abandonaron el rostro furiosamente rojo de Caroline—. Parece que la decepción ha hecho que la señorita Bingley olvide su barniz de civismo. Obviamente, puedes sacar a la chica de los muelles, pero los muelles permanecerán dentro de ella.

Caroline balbuceó de rabia, pero Elizabeth no había terminado.

—Y aunque no esperaría que una joven soltera como la señorita Darcy entendiera el encuentro de mentes que ocurre entre un marido y una esposa verdaderamente enamorados, usted, señorita Bingley, es algo mayor y ha sido testigo no solo del matrimonio de su hermana, sino seguramente también del de muchas de sus amigas. Si nunca ha visto

a una pareja casada que sea genuinamente afectuosa entre sí, solo puedo compadecerme de su hermana y sus amigas; pero debería agradecerme, y a Jane también, por mostrarle cómo puede ser un matrimonio cuando amas y eres amada en retorno. Le insto, señorita Bingley, a no conformarse con menos.

Había tantas indirectas sutiles en el pequeño discurso de Elizabeth que Caroline simplemente no pudo procesarlas todas. Se quedó boquiabierta mientras la nueva señora Darcy tiraba suavemente de la mano de la señorita Darcy y se la llevaba.

—¡Fuera! —encontrando su voz, Caroline gritó las palabras tras ellas. Toda conversación en el salón se silenció al instante; la condesa de Matlock interrumpió su conversación con la señora Hurst, lanzando una mirada de incredulidad a Caroline.

—¿Perdón, señorita Bingley? —Elizabeth se dio la vuelta, incapaz de creer lo que Caroline acababa de decir.

—He dicho que te vayas —siseó Caroline—. ¡Asquerosa y despreciable desvergonzada!

—¡Caroline! —Louisa Hurst se puso de pie, más rápido de lo que Elizabeth había visto moverse a la indolente mujer, y se apresuró al lado de su hermana—. Estás alterada, querida, no sabes lo que estás diciendo. Han sido unos días muy ajetreados —intentó excusar el comportamiento de Caroline, pero las expresiones de asombro de todas las damas presentes le dijeron claramente que estaba luchando una batalla perdida.

Caroline se zafó del brazo restrictivo de Louisa, dio un paso adelante para enfrentarse a Elizabeth.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo —pronunció fríamente—, y te irás de mi casa ahora o haré que te echen, ¡Eliza Bennet!

—Se ha vuelto loca —susurró Georgiana, empezando a temblar de terror mientras se alejaba del enfrentamiento. Su tía, la condesa, se levantó para ponerse a su lado, colocándose entre Georgiana y la señorita Bingley.

—Creo que se ha olvidado de sí misma, señorita Bingley —superando su propio asombro, Elizabeth se enfrentó al desafío—. Porque no solo renuncié al apellido Bennet para convertirme en la señora Darcy ayer, sino que mi hermana se convirtió en la señora de Netherfield cuando se casó con su hermano. No creo que tenga la autoridad para

ordenarme que me vaya de esta casa —su tono era absolutamente firme mientras se enfrentaba valientemente a la mujer más alta.

Caroline dejó escapar un chillido de pura rabia, y su mano se balanceó, demasiado rápido para que la señora Hurst la detuviera. El crujido de su palma conectando con la mejilla de Elizabeth resonó como un disparo en la habitación silenciosa.

Caroline Bingley no era una mujer pequeña, y había usado toda la fuerza de su brazo.

Tomada por sorpresa, sin pensar ni por un momento que la otra mujer se atrevería a usar la violencia contra ella, Elizabeth tropezó y cayó.

Georgiana gritó. Apenas capaz de creer lo que acababa de suceder, la condesa dio un paso adelante instintivamente, interceptando a Caroline cuando la mujer más joven se disponía a patear la forma caída de Elizabeth.

—¡Señorita Bingley! —exclamó—. ¡Se olvida de sí misma!

—Caroline, ¡no debes! —Louisa Hurst tiró del brazo de su hermana, su rostro una imagen de horror—. Ven, oh por favor, debes venir...

—¡Lizzy! —Georgiana se arrodilló, aferrándose desesperadamente a Elizabeth—. Oh, por favor, por favor, que estés bien...

Elizabeth había caído torpemente, extendiendo el brazo para amortiguar la caída. Ahora rodó sobre su espalda, acunando su muñeca con la otra mano, su rostro pálido. —Oí un crujido, y duele realmente de manera terrible —dijo entre dientes.

—La señorita Bingley se ha vuelto loca —susurró Georgiana en estado de shock, observando cómo su tía y la señora Hurst sacaban apresuradamente de la habitación a una Caroline aún con el rostro enrojecido pero ahora misericordiosamente callada.

—No lo discutiré, pero no nos corresponde juzgar. —Con dolor, y con la ayuda de Georgiana, Elizabeth se puso de pie, pero inmediatamente se desplomó para sentarse en

un sofá—. Por favor, llama a una doncella, Georgiana. Creo que será mejor enviar a alguien a Meryton por el médico. —Se mordió el labio inferior para intentar reprimir las lágrimas de dolor que brotaban de sus ojos, no queriendo preocupar más a una ya angustiada Georgiana.

Georgiana sorprendió a Elizabeth, sin embargo, enderezando su espalda y cruzando la habitación para tirar de la campanilla. —Mi hermano se asegurará de que la señorita Bingley sea castigada por esto —prometió, sonando de repente muy parecida a una Darcy de Pemberley a oídos de Elizabeth—. No temas, Lizzy, estoy segura de que nunca volveremos a verla.

—Sinceramente lo espero —dijo Elizabeth débilmente. Su muñeca dolía de manera atroz; había un zumbido en sus oídos. Decidida a no desmayarse, se recostó en el sofá, apoyando la cabeza en el respaldo acolchado. Era abominablemente incómodo, y en silencio deseó unas cuantas maldiciones más sobre la cabeza de Caroline Bingley. ¿No podría haber tenido al menos debilidad por los muebles cómodos? A pesar de su determinación, el dolor la venció y se deslizó en la inconsciencia justo cuando el ama de llaves de Netherfield y dos doncellas entraron en la habitación, alertadas de que algo significativo estaba sucediendo por el espectáculo de una señorita Bingley chillando siendo llevada escaleras arriba por la señora Hurst y la Condesa.

—¡Señorita Darcy... señora Darcy! —jadeó el ama de llaves cuando Elizabeth se deslizó del sofá al suelo en un desmayo profundo—. Oh, que el buen Señor nos ampare, ¿qué ha sucedido aquí?

—Le ruego que mantenga la calma, señora Hughes —dijo Georgiana, con las manos temblorosas pero la voz admirablemente firme—. La señora Darcy se ha lastimado el brazo. Envíe inmediatamente a alguien a Meryton por el médico, y por favor, mande a alguien a buscar también a mi hermano.

—Por supuesto, señorita Darcy, de inmediato —tranquilizada por las órdenes claras, el ama de llaves envió de inmediato a una de las doncellas a buscar lacayos para llevar los mensajes mientras ella y la otra levantaban cuidadosamente a Elizabeth de vuelta al sofá, tratando de ponerla cómoda.

—¿Qué diablos está pasando? —Fue Darcy quien llegó primero; ya estaba de camino de vuelta a la casa y el lacayo enviado a buscarlo lo había encontrado justo cuando desmontaba su caballo en los establos. Entró a zancadas en el salón aún quitándose los guantes, con el ceño fruncido de manera intimidante. La expresión de pánico en el rostro del lacayo ya le había alertado de que algo andaba seriamente mal.

—No te preocupes, Will —dijo Elizabeth débilmente desde el sofá, donde acababa de recuperar la conciencia bajo los cuidados capaces

del ama de llaves—. Solo me caí, eso es todo.

—¿Es por eso que puedo ver la clara marca de cuatro dedos en tu mejilla? —Darcy frunció el ceño amenazadoramente mirándola—. Por favor, dime que no es lo que sospecho.

—¡La señorita Bingley la golpeó, Fitzwilliam! —exclamó Georgiana. El ama de llaves contuvo el aliento sorprendida, y Darcy le dirigió su mejor mirada fulminante.

—Cuanta menos gente se entere de eso, mejor.

—S-sí, señor Darcy —balbuceó el ama de llaves—. ¡Nadie lo sabrá por mí, se lo aseguro!

—¿Quién más estaba aquí, Georgiana? —Darcy miró a su hermana, mientras se arrodillaba junto a Elizabeth y acariciaba tiernamente su frente.

—La señora Hurst y la tía Matlock —dijo Georgiana—, ambas intentaron detener a la señorita Bingley, pero... ¡estaba más allá de toda razón!

—Ocúpate de Georgiana —susurró Elizabeth a Darcy—, ha tenido un susto terrible.

Mirando de su hermana a su nueva esposa, Darcy negó con la cabeza. —Deja de intentar desviar mi atención, Lizzy. Te conozco demasiado bien; una bofetada en la mejilla no te tendría acostada así con la cara blanca como la nieve. ¿Qué ha pasado, y se ha mandado llamar al médico? Vi al joven Hodges salir a galope en dirección a Meryton cuando yo entraba.

—Mi brazo —confesó Elizabeth finalmente, incapaz de negar nada a Darcy en un estado de ánimo tan intenso—. Me caí y hubo un sonido de crujido bastante desagradable; temo que mi muñeca pueda estar rota.

Los labios de Darcy se apretaron en una línea tensa; tuvo que apartar la mano de la frente de Elizabeth por un momento para apretar los puños. Su voz, cuando finalmente se encontró capaz de hablar de nuevo, sonaba ronca y tensa. —Todo estará bien, querida, lo prometo. El médico no tardará mucho.

Ella le sonrió con amor, instintivamente trató de levantar la mano para tocar su mejilla...

y se desmayó de nuevo cuando movió sin pensar su brazo lesionado.

El silencio subsiguiente solo fue roto por el suave golpe cuando Georgiana también se deslizó al suelo en un desmayo profundo.

—La señorita Bingley tiene mucho que responder —gruñó Darcy mientras se levantaba apresuradamente para recoger a su hermana y acomodarla suavemente en otro sofá.

El ama de llaves solo sacudió la cabeza con incredulidad, mirando de una dama a la otra. —Nunca he oído hablar de semejantes acontecimientos en toda mi vida —dijo francamente.

—Espero que nadie más oiga hablar de ellos tampoco —dijo Darcy sombríamente, aterrorizando a la mujer hasta el silencio una vez más. Ella asintió apresuradamente y sacó sus sales aromáticas del bolsillo de su delantal para intentar reanimar a Georgiana.

Capítulo Siete

DICHA INTERRUMPIDA

CHARLES ESTABA CONTEMPLANDO LA belleza del cuerpo desnudo y adormilado de su esposa, preguntándose si ella se sentiría capaz de aceptar sus caricias una vez más, cuando sus agradables pensamientos fueron interrumpidos por unos golpes suaves pero urgentes en la puerta que daba a su vestidor.

Frunciendo el ceño, Charles cubrió rápidamente a Jane con las sábanas y buscó su bata, encontrándola finalmente tirada en el suelo al otro lado de la habitación. Se la puso, la ató y se dirigió a la puerta, abriéndola una rendija para encontrar a su ayuda de cámara afuera, retorciéndose las manos con ansiedad.

—¡Lamento muchísimo interrumpir, señor!

—¿Qué sucede, Rogers? —La expresión ansiosa en el rostro normalmente flemático de su ayuda de cámara convenció instantáneamente a Charles de que algo andaba muy mal.

—Es… —Rogers pareció quedarse sin palabras—. La señora Hurst me envió, señor —

dijo finalmente—. Se trata de la señorita Bingley.

—¿Qué ha hecho Caroline ahora? —suspiró Charles, vio que la expresión de Rogers cambió y frunció el ceño—. Espera. Esto es algo realmente malo, ¿verdad?

—No tengo todos los detalles, señor. Realmente creo que debería hablar con la señora Hurst.

—De acuerdo. Prepárame algo de ropa, saldré en uno o dos minutos.

—¡Muy bien, señor! —Rogers pareció inmensamente aliviado, lo que hizo que Bingley sacudiera la cabeza desconcertado mientras cerraba la puerta, preguntándose qué demonios habría hecho Caroline para tener a la casa en tal evidente alboroto.

—¿Qué sucede, Charles? —preguntó Jane soñolienta desde la cama cuando él se volvió hacia ella.

—Nada importante, mi amor —pero nunca había sido un buen mentiroso, y ella inmediatamente se sentó en la cama, sujetando la

sábana contra su pecho en una muestra de pudor tardío que él encontró absolutamente excitante, aunque bastante inoportuno.

—Charles, ese tono en tu voz me dice que es algo —sus ojos aguamarina estaban abiertos de par en par, ya no adormilados—. Y sea lo que sea, ahora soy tu esposa. ¿No hemos prometido compartirlo todo? Si una carga ha caído sobre tus hombros, por favor, permíteme compartirla contigo.

—Realmente eres un ángel —dijo él con reverencia, y Jane negó con la cabeza.

—Nunca eso, mi amor, pero soy tu esposa.

—Así es, señora Bingley, así es. Bueno, parece que Caroline puede haber hecho algo inaceptable, aunque aún no sé qué, y me han llamado para ocuparme de ello.

—¿Qué podría haber hecho? —Sin importarle su desnudez en su urgente deseo de ser útil, Jane se apresuró a salir de la cama y tiró del cordón de la campana antes de buscar su bata. Charles tuvo que darse la vuelta antes de olvidarse por completo de sí mismo.

—No lo sé, pero estoy seguro de que Louisa no habría enviado a Rogers a molestarme a menos que fuera realmente muy serio. Me resisto a especular. —Desafortunadamente, tenía una idea bastante buena de qué exactamente podría haber llevado a Caroline a una acción extrema, y su nombre era ahora señora Elizabeth Darcy.

—No te vayas sin mí, te lo ruego —suplicó Jane, poniéndose la bata y atándola apresuradamente—. ¡Haré que Helena me vista lo más rápido posible!

Él no iba a negarle nada, especialmente cuando se veía tan absolutamente encantadora con su largo cabello dorado cayendo sobre sus hombros de esa manera. —Esperaré a que estés lista, lo prometo.

Charles quedó impresionado cuando Jane volvió a entrar en el dormitorio apenas diez minutos después, vistiendo un bonito vestido redondo y con el cabello pulcramente recogido y peinado. Volviéndose de la ventana donde acababa de ver el coche del médico subiendo rápidamente hacia la entrada principal de Netherfield, le sonrió y le ofreció su brazo.

—¡Qué hermosa te ves, señora Bingley!

Jane sonrió, pero no se sonrojó ante el cumplido como lo habría hecho apenas un día o dos antes. Se necesitaba mucho más para sorprenderla ahora que era una esposa, reflexionó, mientras tomaba el brazo de Charles y salían juntos de su suite.

—Acabo de ver llegar al doctor Thomas —murmuró Charles a Jane mientras llegaban a la cabeza de las escaleras y escuchaban voces abajo—. Creo que quizás deberíamos bajar y ver por qué está aquí, antes de ir a ver a Louisa y Caroline.

—¡Ciertamente! Si alguien está enfermo, nuestra primera prioridad debe ser su comodidad —Jane estuvo de acuerdo inmediatamente.

Procedieron a bajar en perfecto acuerdo, ambos preocupados por el bienestar de sus amigos e invitados más que por el suyo propio, aunque ciertamente no sería cierto decir que ninguno de los dos resentía la intrusión en su idílico día. De hecho, ambos deseaban silenciosa pero fervientemente que Caroline Bingley estuviera en cualquier lugar menos en Netherfield, interrumpiendo el primer día de su vida matrimonial juntos.

El médico estaba siendo admitido en el salón justo cuando llegaron al pie de las escaleras; lo siguieron adentro para ver a Elizabeth y Georgiana postradas e inconscientes.

—¿Qué demonios... —comenzó Charles, pero fue interrumpido por el grito de horror de Jane cuando soltó su brazo y corrió al lado de su hermana.

—Lizzy, querida Lizzy, ¿qué ha pasado? Y la pobre Georgiana, oh...

—Señorita Bennet... señora Bingley, cálmese, se lo ruego —el médico puso una mano paternal en su brazo, guiándola suavemente a un lado —. Por favor, permítame examinar a mis pacientes. —Miró de Georgiana a Elizabeth, y luego a Darcy—. Eh, señor Darcy, ¿le importaría informarme exactamente qué ha ocurrido?

—Georgiana se ha desmayado —le informó Darcy concisamente—, al igual que Elizabeth, pero creo que el brazo de Elizabeth puede estar roto. Sufrió una caída y se lastimó el brazo.

El médico miró las marcas enrojecidas de dedos en la mejilla de Elizabeth y frunció el ceño severamente a Darcy. —Sufrió una caída —dijo con incredulidad.

—No estaba presente, señor —la expresión y el tono de Darcy se

volvieron cada vez más amenazantes—. Fui llamado al lado de mi esposa solo para encontrar a la señora Darcy y a mi hermana en la más severa angustia.

Las pestañas de Georgiana se agitaron en ese momento debido a los continuos esfuerzos del ama de llaves, y Jane decidió que sería de mayor utilidad atendiendo a la joven mientras el médico concentraba sus esfuerzos en Elizabeth.

Charles llevó a Darcy aparte, aunque el otro hombre claramente no tenía intención de alejarse más de un paso o dos del lado de Elizabeth.

—¿Qué demonios está pasando aquí, Darcy? —siseó Charles a su amigo—. Rogers me convocó con un mensaje urgente de que Caroline había causado problemas... —

entonces lo entendió, sumando las marcas de dedos en la mejilla de Elizabeth al mensaje, y jadeó—. No. No, ni siquiera Caroline...

—No estaba aquí, Bingley, pero Georgiana lo vio todo. Caroline golpeó a Elizabeth, y ella cayó.

—No —dijo Charles de nuevo, pero débilmente, ante la mirada firme de Darcy—. Oh, Dios mío.

—Te has puesto verde, no te atrevas a desmayarte tú también —dijo Darcy horrorizado, empujando a Bingley hacia un asiento.

—No voy a desmayarme, ¡pero puede que pierda el desayuno! Lo siento muchísimo, Darcy, ¡ni siquiera puedo imaginar en qué estaba pensando Caroline!

—No es culpa tuya —dijo Darcy en voz baja—. Ambos sabíamos cuánto despreciaba a Elizabeth, y tú le hablaste con firmeza, intentaste controlarla. Si hubiera sospechado por un momento que podría ser tan imprudente como para intentar dañar a mi esposa, nunca habría dejado a Lizzy sola.

Charles se presionó la frente con los dedos, pensando frenéticamente. —Debo hablar con Louisa. —Mirando a Jane, que estaba arrodillada junto a Georgiana y le hablaba suavemente, dijo—: Por favor, ten la seguridad, Darcy, de que Jane y yo pondremos el bienestar de Elizabeth como nuestra máxima prioridad. Estoy profundamente avergonzado de que tal incidente haya podido ocurrir bajo mi techo.

La expresión severa de Darcy se suavizó, y extendió la mano para

ponerla sobre el hombro de Bingley. —No lo dudo, Bingley. Incluso si fueras lo suficientemente tonto como para pensar lo contrario, la señora Bingley pronto te haría entrar en razón.

—Ciertamente lo haría. —Resuelto, Charles se puso de pie—. Llegaré al fondo de esto, Darcy, y pase lo que pase, tienes mi palabra de que Caroline se habrá ido de esta casa al anochecer.

Darcy ofreció su mano para un apretón silencioso antes de volver al lado de Elizabeth.

Jane, al ver que habían terminado su conversación, se puso de pie con una suave palmada tranquilizadora en la mano de Georgiana.

—¿Charles? —preguntó, transmitiendo volúmenes con esa única palabra.

—Debo ir a consultar con Louisa. —Negó con la cabeza ante su mirada de preocupación—. Me temo que aún no tengo la historia completa, mi amor, pero lo poco que sé indica que Caroline se ha cubierto de vergüenza, y por extensión, a su familia.

Jane apretó los labios antes de asentir y cuadrar los hombros. —Entonces debemos hacer todo lo que esté en nuestro poder para enmendar sus acciones —dijo con firmeza.

—Mi ángel. —Aquí, en compañía y con los ojos inocentes de Georgiana sobre ellos, se contentó con una ligera presión de sus dedos contra los de ella—. Por favor, quédate aquí y asegúrate de que la señorita Darcy y Elizabeth reciban todos los cuidados. El personal está completamente a tu disposición.

—Por supuesto. —Ella le dio un asentimiento tranquilo y regio.

—Yo me ocuparé de Caroline.

Las siguientes palabras de Jane le sorprendieron. —Sé que es tu hermana, Charles, pero no te dejes influenciar. Sus acciones egoístas ya nos han costado demasiado.

Sus ojos y expresión estaban bastante calmados, pero esa actitud serena era solo una cubierta para una voluntad de hierro, Charles empezaba a darse cuenta. Levantó la mano de ella hasta sus labios y depositó un beso en la punta de sus dedos.

—Tus deseos son órdenes para mí, mi ángel.

Fue recompensado con la sonrisa radiante de Jane antes de que ella se girara para atender de nuevo a Georgiana. Charles mantuvo la cabeza alta mientras salía de la habitación, decidido a estar a la altura de la fe que Jane tenía en él.

Capítulo Ocho

CONFRONTACIÓN

QUIZÁS LA DETERMINACIÓN DE Charles se habría debilitado en su camino por las escaleras de no haber sido por el recuerdo persistente de la última sonrisa que Jane le había dedicado. En su lugar, marchó directamente hacia la puerta de la suite de Caroline y llamó con firmeza.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Louisa.

—Charles —respondió en voz alta—. Abre la puerta, Louisa. —Se sintió orgulloso de mantener un tono severo; debió de sonar extremadamente disgustado porque Louisa, lejos de hacerle esperar como solía hacer, abrió la puerta casi al instante.

—¿Dónde está? —preguntó Charles.

—En su dormitorio. —Había lágrimas corriendo por las mejillas de Louisa—. Oh, Charles —sollozó desconsoladamente—, ¡creo que se ha vuelto loca!

Torpemente, Charles abrió sus brazos y Louisa prácticamente se lanzó

a ellos, aferrándose a su abrigo y sollozando contra su pecho.

—Lo siento, lo siento —dijo entre sollozos mientras él le daba palmaditas en la espalda, tratando de consolarla—. Por favor, no pienses que siento lo mismo que ella, no es así.

Jane es un ángel, de verdad que lo es, y estoy tan feliz por ti…

—Ambos sabemos que Jane no es la raíz del problema —dijo Charles con suavidad—.

¿No es así?

Louisa asintió, mirándolo con ojos llorosos—. Odia tanto a Elizabeth, Charles, es verdaderamente aterrador… Creo que podría hacer algo terrible. *Más* terrible —se corrigió—. ¿Qué vamos a hacer? Si la tía del señor Darcy, la Condesa, decide hablar de lo que hizo Caroline, ¡nuestra familia nunca podría volver a mostrar la cara en sociedad!

—La Condesa no hablará de ello mientras Caroline sea tratada adecuadamente. —

Charles esperaba que eso fuera cierto; Darcy había dado su palabra y seguramente convencería a su tía de guardar silencio siempre y cuando Charles se asegurara de que Caroline no tuviera más oportunidades de dañar a Elizabeth.

—¿Qué significa eso? Te apoyaré, Charles, sea lo que sea que decidas, pero ¿qué podemos hacer?

Él había estado considerando eso, dándole vueltas a las posibles opciones en su cabeza durante todo el camino por las escaleras—. Creo que debemos enviarla con Sir John y Lady Forrest. Escribiré a Sir John informándole de los verdaderos hechos del asunto, para que sepan que no deben creer ninguna locura que Caroline pueda soltar.

Louisa respiró hondo y cuadró los hombros—. Creo que Gerald y yo deberíamos escoltarla. Siento que debo compartir parte de la culpa por esto, Charles; después de todo, yo la animé a perseguir al señor Darcy.

—Pero no la animaste una vez que se anunció su compromiso —dijo Charles secamente—. Recuerdo claramente haberte oído decirle que lo dejara estar y pusiera su mirada en un nuevo objetivo.

—Caroline nunca ha sido propensa a escuchar buenos consejos —dijo

Louisa, aceptando su pañuelo para secarse los ojos—. Aun así, me gustaría hacer esto. Puedo hablar yo misma con Sir John y Lady Forrest. A Gerald le gustará ver a Sir John de nuevo, estoy segura... y esto te dará tiempo para pasar a solas con tu nueva esposa.

Charles se sorprendió por el brillo que apareció en los ojos de Louisa con ese último comentario. Sonriendo cariñosamente, se inclinó para besarle la mejilla—. Eres considerada, querida hermana.

—Bueno, no siempre lo he sido, pero a partir de ahora procuraré seguir el ejemplo de la señora Bingley. —Louisa respiró hondo y se secó los ojos una vez más—. Daré instrucciones a las doncellas para que empiecen a hacer el equipaje.

Él le besó la mejilla de nuevo y le permitió marcharse. Su presencia en la confrontación que se avecinaba solo podía ser indeseable; Caroline resentiría que Louisa fuera testigo de la reprimenda que estaba a punto de recibir.

Ella estaba de pie junto a la ventana, completamente sola, por lo que se sintió agradecido. No había pensado en preguntar si la Condesa permanecía con ella, esperaba fervientemente que se pudiera persuadir a la tía de Darcy de guardar silencio sobre el asunto.

—Bueno, has hecho un buen lío de las cosas —dijo finalmente cuando Caroline no se dignó a reconocer su entrada en la habitación.

—Podría decir lo mismo de ti —respondió ella con altivez.

—Caroline, ¡no creo que te des cuenta de la magnitud de tu ofensa! Golpeaste a la sobrina de un par; Elizabeth tiene un brazo roto. Si Darcy quisiera, podría hacer que el magistrado te arrestara por agresión.

Caroline lo miró; Charles apenas la reconoció. Su rostro estaba tan inmóvil y frío como el mármol, sus ojos eran pozos oscuros insondables—. Está fingiendo, la zorra mentirosa.

—¡No está fingiendo! —Era muy raro que Charles Bingley perdiera los estribos, pero lo hizo ahora, avanzando, agarrando los hombros de Caroline con sus manos y dándole una firme sacudida—. Tus celos te han cegado a la razón, Caroline, y estás al borde de arruinarte para siempre a los ojos de la sociedad, ¿no lo ves?

Ella lo miró fijamente, frunciendo el ceño con perplejidad—. ¿Por qué estás tomando mi parte en vez de la de ella?

—¡Porque tus acciones son inconcebibles! —Lo gritó, vio cómo sus ojos se ensanchaban al darse cuenta de que, por una vez, no había forma de que pudiera convencerlo de ponerse de su lado—. Golpear incluso a un sirviente es un acto vergonzoso; ¡golpear a una dama que ahora es tu superior en importancia está completamente fuera de lugar!

Si la Condesa decide hablar de ello en sociedad, estarás arruinada, Caroline. Arruinada.

Y ella no tiene la más mínima razón para preocuparse por salvaguardar tu buen nombre.

Finalmente, la magnitud de su ofensa pareció amanecer en Caroline, porque palideció y se mordió el labio—. ¿Hablarás con ella?

—Lo haré, pero francamente, ¡estoy más preocupado por el daño que Louisa, Jane y yo podríamos sufrir debido a tus acciones irreflexivas, que por ti!

Ella pareció más molesta que comprensiva por eso, y Charles suspiró y soltó sus hombros. No había forma de razonar con Caroline, lo vio; el tiempo para eso había pasado.

—Darcy no tolerará verte —dijo rotundamente, continuando a pesar de su jadeo de indignación—. Estaba dispuesto a tolerarte mientras mantuvieras tu apariencia de civilidad, por mi bien, pero tu ataque a Elizabeth ha terminado con eso. Francamente, no confío en que no te comportes de alguna manera cruel hacia Jane también.

—Yo...

—Guardarás silencio. —Ya no le importaba escuchar sus excusas. Ignorando su boca abierta mientras hablaba, dijo—: Louisa ha sido lo suficientemente amable como para ofrecerse a escoltarte para visitar a Sir John y Lady Forrest en Scarborough, y allí permanecerás, Caroline. Pagaré tu asignación directamente a Sir John a partir de ahora, como crédito para tu alojamiento y manutención. De ahora en adelante, no eres bienvenida en ninguna casa en la que la señora Bingley y yo residamos, y harías muy bien en asegurarte de que nunca más vuelvas a llamar la atención del señor Darcy.

—¡No puedes hablar en serio! —Su voz temblaba.

—Cada palabra —sostuvo su mirada sin vacilar—. Te alojarás con los Forrest hasta que yo te dé permiso, Caroline. Te aconsejo que seas

extremadamente prudente en Scarborough. Si la noticia de tus hazañas llegara tan al norte, serías excluida incluso de ese limitado círculo social. —Dándose la vuelta, se dirigió hacia la puerta—. Louisa ya ha ordenado a las criadas que empiecen a hacer tu equipaje. Le di mi palabra a Darcy de que te irías antes del anochecer, y no tengo intención de faltar a esa promesa.

Las lágrimas asomaron a sus ojos mientras contemplaba su expresión implacable y extendió una mano suplicante, pero Charles negó con la cabeza.

—Esto es el resultado de tus propias acciones, Caroline. Solo puedo esperar que encuentres la manera de ser feliz en la cama que tú misma has hecho.

Ella permaneció en silencio mientras él salía de la habitación, pero cuando Charles cerró la puerta tras de sí, oyó un grito de rabia y el estruendo de algo pesado golpeando la puerta. Suspirando profundamente, se dirigió a su despacho. Tenía una carta que escribir.

Capítulo Nueve

APOYO MUTUO

CHARLES MALDIJO Y DEJÓ caer su pluma en el tintero, sin importarle la tinta que salpicó su escritorio. Se pasó las manos por el pelo, tirando con fuerza, reprochándose en silencio. Era un pobre corresponsal en el mejor de los casos, y esta era una carta extremadamente difícil de escribir. ¿Cómo se le imponía a un hombre relacionado con uno solo por matrimonio que se hiciera cargo de tu pariente más imposible antes de que arruinara permanentemente el nombre de tu familia?

—Charles —una suave mano tocó su muñeca, y él se sobresaltó. No había oído entrar a Jane; levantó la mirada para verla de pie junto a él ahora, con preocupación grabada en su hermoso rostro mientras miraba los papeles manchados y arrugados esparcidos en su escritorio.

Sin siquiera detenerse a considerar cómo podría reaccionar ella, la rodeó con sus brazos y la atrajo a su regazo, presionando su rostro contra su suave y dulce cabello dorado.

Jane se tensó solo brevemente antes de relajarse contra él, deslizando sus brazos alrededor de su cuello.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz baja—. Déjame ayudarte, por favor, mi amor.

—Ya soy un pobre escritor de cartas, como Darcy se esforzará en decirte —suspiró Charles—, y este es un tema excepcionalmente difícil.

—Ya veo. —Jane miró de nuevo el desorden en su escritorio—. Tal vez... podrías dictarme, y yo podría escribir la carta por ti. Entonces todo lo que tendrías que hacer es firmarla.

Sorprendido, se echó hacia atrás para mirarla. —¡No eres mi secretaria, Jane!

Ella sonrió y sacó un pañuelo de su bolsillo, inclinándose para darle toquecitos en la mejilla. Con desesperación, se dio cuenta de que también debía tener tinta allí. —No, no lo soy. No creo que este sea un asunto que se pueda confiar a una secretaria, incluso si tuvieras una, pero te aseguro que he escrito cartas muchas veces para mi padre y mi madre, además de mantener correspondencia propia con amigos y parientes lejanos.

Tengo buena letra.

—No dudo que sea tan hermosa como todo lo demás en ti —accedió —. Gracias, mi amor, aceptaré tu oferta. De lo contrario, es muy poco probable que esta carta esté lista para cuando los Hurst deban partir.

Jane sonrió y se puso de pie. —Despejemos este desorden y comencemos de nuevo, entonces —sugirió, recogiendo los papeles arrugados y manchados y arrojándolos a la chimenea—. Dios mío, ¿qué le has hecho a esta pluma?

Él le sonrió tímidamente y le ofreció su pañuelo para limpiar la tinta salpicada, cediendo de buena gana su asiento para pasear por la habitación e intentar pensar en las palabras que necesitaría usar.

Jane se acomodó con una hoja de papel fresca y una pluma, primero probándola en un trozo que había guardado para ver qué tan bien funcionaba. —Entonces, ¿a quién va dirigida la carta? —preguntó.

—Oh... Sir John Forrest. Supongo que deberías empezar con Mi estimado Sir John.

Durante un minuto, los únicos sonidos en la habitación fueron el crepitar de las llamas y el rasgueo de la pluma de Jane. Charles admiró cómo se veía, con su cabeza dorada inclinada sobre el papel.

—¿Qué sigue? —preguntó Jane.

—¡Oh! —Se sobresaltó culpablemente, dándose cuenta de que se había perdido por completo en su contemplación de la belleza de su esposa.

—¿Tal vez deseos por su buena salud y nuestro agradecimiento por el regalo que él y Lady Forrest enviaron para nuestra boda? —sugirió Jane.

—¿El reloj de porcelana extremadamente feo?

Los labios de Jane se crisparon. —No iba a describirlo precisamente en esos términos.

—Yo lo haría, pero no tengo duda de que me superarás en descripción táctica como lo haces en todo lo demás. —Charles se encontró sonriéndole. Ella se rio suavemente de él, negando con la cabeza antes de volver a inclinarse sobre la carta.

—Déjame encargarme de eso, entonces, mientras piensas en la

información que necesitas transmitir.

Para cuando ella volvió a levantar la mirada, él había ordenado sus pensamientos de alguna manera, y dictó una carta cortés solicitando que Sir John aceptara a Caroline en su hogar para el futuro inmediato. No deseaba comprometer los detalles exactos de las acciones de Caroline por escrito, pero sugirió que ella había cometido una infracción grave y que Sir John debería pedirle los detalles a Louisa.

—Dirigiré a mi banquero que le envíe el monto total de la asignación de Caroline —

finalmente Charles se animó con su tema, las palabras fluyendo más fácilmente ahora que no tenía que centrarse en escribirlas—. Dejo su distribución a su discreción, pero por favor asegúrese de que no pueda acumular fondos suficientes para abandonar su hogar.

Jane hizo una pausa en su diligente rasgueo. —¿Realmente crees que Caroline se escaparía? —preguntó.

—No lo sé —dijo Charles sombríamente—. Cuando hablamos arriba, apenas la reconocí, Jane; temo que sus celos y desilusión han dañado su cordura. Solo puedo esperar que algo de tiempo lejos de la sociedad, tiempo para descansar y reflexionar sobre sus acciones, pueda provocar un cambio en ella.

—Yo también lo espero —dijo Jane en voz baja, volviendo a su escritura. Charles reflexionó que era la primera vez que escuchaba a Jane expresar realmente una crítica hacia Caroline, a pesar de las acciones mezquinas de Caroline hacia ella.

—¿Cómo está Elizabeth? —De repente, se dio cuenta de que no había pensado en preguntar, y se maldijo culpablemente—. ¿Y la señorita Darcy?

—La señorita Darcy está simplemente alterada, su tía la Condesa se está encargando de ella. Elizabeth tiene la muñeca fracturada. El doctor Thomas le colocó férulas y el señor Darcy la llevó a su suite.

Charles se frotó la frente, volviendo al lado de Jane. Su voz había permanecido admirablemente tranquila y firme mientras recitaba la información, pero él pensó que la conocía lo suficientemente bien ahora como para sospechar que Jane parecía más calmada cuando sentía las emociones más fuertes.

—Darcy se encargará de su comodidad, mi amor. Recibirá el mejor

cuidado, y Caroline nunca volverá a estar en posición de lastimarla. —Gentilmente, colocó su mano sobre el hombro de ella.

Dejando su pluma, Jane levantó la mano para ponerla sobre la de él, volviendo sus ojos hacia él suplicante. —¿Me lo prometes, Charles? Lizzy es la persona más querida en el mundo para mí, después de ti, por supuesto, pero Caroline es tu hermana...

—También está equivocada, y ha dejado muy claro que debo tomar medidas para proteger a otros de futuras consecuencias de su veneno —le aseguró Charles—. Te prometo solemnemente, querida, que haré lo que sea necesario para asegurarme de que nunca más pueda dañar a Elizabeth, ni a ninguna otra persona querida para nosotros.

Jane giró la cabeza y besó sus dedos, susurrando un suave —Gracias —antes de volver a coger la pluma.

Completaron la carta juntos, Jane haciendo sugerencias cuando Charles tenía dificultades para encontrar las palabras para expresarse. Le entregó la pluma para que firmara al pie del papel, riendo cuando él dijo que temía manchar su hermosa caligrafía.

—Es solo una carta, Charles, y una que por necesidad se escribe con prisa.

—Parece una obra de arte —Charles admiró su delicada caligrafía—. Nunca había visto tu letra hasta hoy.

—¿No la habías visto? No, supongo que no he tenido ni motivo ni oportunidad de escribirte —Jane sonrió mientras espolvoreaba cuidadosamente la nota y la doblaba para que Charles pusiera su sello —. Te escribiré una carta de amor... y no temas, ¡no esperaré una respuesta escrita!

—Eso es bueno, porque temo que tendrías que esperar mucho tiempo —sonrió con culpabilidad, guardando la carta terminada en su bolsillo —. Tendrás que conformarte con mi constante aseguramiento de que tienes mi ardiente e imperecedera adoración.

—Bueno, cuando lo pones así, creo que estaré bastante satisfecha —Jane se sonrojó encantadoramente, y Charles no pudo evitar atraerla a sus brazos para besarla.

Capítulo Diez

LA CONDESA

UN GOLPE EN LA puerta del estudio los hizo separarse de un salto, Jane se sonrojó culpablemente. Charles se rió de ella mientras se arreglaba el cabello y se abanicaba las mejillas, tratando en vano de parecer compuesta.

—Un marido puede besar a su esposa en privado, ¿sabes? —le dijo, dirigiéndose a la puerta. Ella solo le lanzó una mirada de reproche, haciéndolo sonreír de nuevo mientras abría la puerta y encontraba al señor Hurst allí.

—¿Una palabra, Charles? —dijo Gerald bruscamente, entrando en la habitación ante su gesto—. Oh —se detuvo al ver a Jane—. Disculpe, señora Bingley, no sabía que estaba aquí.

—No se preocupe, señor Hurst, y por favor, ¿no me llamaría Jane? Después de todo, ahora somos familia.

La expresión ceñuda de Hurst se suavizó cuando ella se movió para ponerse al lado de Charles.

—Así es, y me alegro de que Charles haya entrado en razón y haya vuelto aquí por usted, Jane. Le dije cuando dejamos Netherfield el año pasado que no debería irse sin asegurar su mano.

—¿Lo hizo? —Sorprendida, Jane miró a Charles. Nunca se había dado cuenta de que tenía un aliado en el señor Hurst.

—Por supuesto que lo hice —afirmó Hurst, y Charles asintió, extendiendo la mano para palmear el hombro del otro hombre.

—En efecto lo hiciste, y solo desearía haberte escuchado, Gerald. Podría haber estado unido en feliz matrimonio con mi ángel mucho antes.

Una sonrisa conocedora partió el rostro enrojecido de Hurst antes de que se pusiera serio.

—Sí, bueno, tu felicidad conyugal es lo que Louisa y yo estamos llamados a salvaguardar ahora, ¿no es así? Debo decir que nunca pensé que Caroline fuera capaz de tanto veneno, pero lo hecho, hecho está. Louisa tiene todo bajo control con el equipaje y su cochero me dice que estará listo para partir en una hora. No llegaremos a

Peterborough esta noche, así que con su permiso enviaré a un jinete a St. Neots para asegurarnos habitaciones allí.

—Por supuesto —dijo Charles, pensando con culpabilidad que debería haber pensado en eso él mismo—. Me ocuparé de ello ahora. —Recordando la carta, la sacó de su bolsillo—. ¿Puedo encargarte que entregues esto a Sir John?

—Por supuesto. —Hurst aceptó la carta—. Supongo que hay algunos detalles que no has puesto por escrito, ¿verdad?

—En efecto —Charles asintió en confirmación—. Debo confiar en ti y en Louisa para dar a Sir John y Lady Forrest los hechos verdaderos de la historia, y asegurar que no se le permita a Caroline torcer las cosas para presentarse bajo una luz favorable.

—No veo cómo golpear a la señora Darcy podría presentarse jamás bajo una luz favorable, no importa cuántas palabras elegantes se usen para adornarlo —dijo Hurst sin rodeos.

—Y sin embargo, estoy seguro de que si alguien pudiera lograrlo, esa persona sería Caroline. —Charles negó con la cabeza—. No correré ese riesgo, Gerald.

—Puedes contar conmigo, Charles. —Hurst vaciló, y luego dijo en un tono tranquilo, casi humilde—. Después de que hayamos dejado a Caroline instalada con los Forrest,

¿podemos regresar aquí, Charles?

—¡Por supuesto que deben hacerlo! —Jane habló antes de que un sorprendido Charles pudiera encontrar las palabras—. Dependeré de la ayuda de Louisa para aprender a llevar las riendas aquí en Netherfield, y sé cuánto valora Charles tu compañía, Gerald.

Una sonrisa agrietó el rostro enrojecido de Hurst, y tomó la mano de Jane y la besó, para su sorpresa.

—Hablado como una verdadera dama, señora Bingley. —Le hizo una profunda reverencia antes de soltar su mano, y dijo—: Con su permiso. —Se marchó de su presencia con un paso más ágil y una postura más erguida de lo que Charles había visto jamás en su cuñado.

—Creo —dijo Charles pensativamente— que no soy el único miembro de esta familia que ha cambiado para mejor por tu mera presencia, amada mía.

Jane negó con la cabeza, poniendo su mano en su brazo.

—Estás olvidando a Caroline, querido. Si Gerald está cambiando para mejor, entonces Caroline ha cambiado para peor.

—Quizás. —Inclinándose para besar su mejilla, dijo—: Debo ir a dar órdenes en los establos, enviar a un jinete para reservar habitaciones... y otro por delante a Scarborough, para informar a Sir John y Lady Forrest que tendrán invitados inesperados.

—Iré a ver si puedo hacer algo por la comodidad de la señorita Darcy o Elizabeth —dijo Jane.

—Una vez que hayas terminado con eso, ángel mío, ¿puedo invitarte a encontrarte conmigo en nuestra suite para almorzar? —preguntó Bingley esperanzado—. Después de todo, fuimos interrumpidos antes.

Jane se rió, sonrojándose mientras su brazo se apretaba a su alrededor y la atraía hacia sí.

—Ya veremos. Debo atender a nuestros invitados primero, después de todo.

—Tu padre tiene razón; ambos somos demasiado considerados con los sentimientos de los demás para nuestro propio bien —dijo Charles con pesar.

—Por primera vez en mi vida, estoy lamentando un poco mi hábito de ser amable con todos —Jane se rió de nuevo mientras Charles llovía besos sobre su frente y mejillas—.

Me esforzaré por asegurar la comodidad de todos lo más rápido que pueda, amado mío.

Él recompensó su promesa con un beso minucioso, retrasando la partida de ambos por varios minutos más, y haciendo que Jane tuviera que sentarse por otro minuto o dos para recuperar el aliento una vez que Charles se hubo marchado.

Después de un rato, se sintió compuesta para enfrentar compañía, y dejó el santuario del estudio. Fue quizás afortunado que pasara frente a un gran espejo en el pasillo antes de encontrarse con alguien, sin embargo, porque su cabello estaba tristemente despeinado. Se detuvo para arreglarlo rápidamente antes de apresurarse escaleras arriba, dirigiéndose primero a las habitaciones de la señorita Darcy.

Golpeando suavemente la puerta, se le pidió que entrara, y encontró a la señorita Darcy sentada con su tía, la Condesa.

—Le ruego me perdone, mi señora —Jane hizo una profunda reverencia—. Solo deseaba ver cómo se sentía la señorita Darcy.

—Tonta, señora Bingley —dijo Georgiana con una tímida sonrisa—, por desmayarme cuando fue la señora Darcy quien resultó realmente herida.

—Fue un evento profundamente impactante, querida —Lady Matlock le dio unas palmaditas en la mano—. A tu edad, estoy bastante segura de que yo también me habría desmayado en el suelo.

Jane, que había presenciado cómo las discusiones entre sus hermanas se tornaban físicas en muchas ocasiones —Lydia en particular era propensa a repartir bofetadas cuando se le contrariaba— asintió con simpatía pero no dijo nada.

—El doctor Thomas parece una persona muy sensata, supo exactamente qué hacer con el brazo de la señora Darcy. Recuerdo cuando mi hijo Richard se rompió el brazo al caerse del caballo cuando tenía más o menos tu edad, Georgiana, y se lo entablillaron y vendaron de la misma manera.

—¿De verdad?

—En efecto, y sanó perfectamente.

—¡Nadie podría dudarlo después de haber conocido al coronel Fitzwilliam! —La pequeña historia de la condesa logró arrancar una verdadera sonrisa a Georgiana.

—Ciertamente, así que no dudo que en unas semanas la señora Darcy estará perfectamente bien de nuevo —Lady Matlock asintió con decisión, como si el asunto estuviera completamente resuelto. Tal vez si una era condesa, las cosas tendían a salir exactamente como una deseaba, reflexionó Jane.

—También supongo que no hay posibilidad de que un incidente así se repita jamás,

¿verdad? —Lady Matlock la miró con ojos penetrantes.

—Por supuesto que no, mi señora —se apresuró a asegurarle Jane—. El señor y la señora Hurst están en este momento preparándose para

escoltar a la señorita Bingley a la casa de Sir John y Lady Forrest en Scarborough; Lady Forrest es la ex madrastra de mi esposo. La señorita Bingley permanecerá con los Forrest en el futuro previsible.

—Me alegra oír que se están tomando las medidas adecuadas —fue todo lo que dijo Lady Matlock, pero también le dio a Jane un asentimiento regio y un atisbo de sonrisa aprobatoria, lo cual, dadas las circunstancias, Jane sintió que era todo lo que podía esperar. Hizo otra profunda reverencia a las dos damas.

—El señor Bingley y yo deseamos ofrecer nuestro más profundo pesar por este terrible incidente ocurrido bajo nuestro techo —dijo con gran sinceridad.

—Ninguna culpa recae sobre usted, señora Bingley, sin duda —exclamó Georgiana—,

¡no podía haberlo sabido!

—En efecto —dijo Lady Matlock—, no es usted la única en esta habitación bendecida con una cuñada imposible. —Le dirigió a Jane una sonrisa sorprendentemente fraternal y un guiño—. Me encuentro agradecida por las largas millas que separan Matlock de Rosings Park.

De repente, Jane se dio cuenta de que Lady Matlock solo podía estar hablando de Lady Catherine de Bourgh. Tuvo que ocultar una pequeña exclamación de asombro tras sus dedos. Georgiana también miraba boquiabierta a su tía. Lady Matlock sonrió y extendió la mano para dar unas palmaditas a Georgiana.

—Con parientes tan difíciles, uno descubre que la mejor solución es mantenerlos a la mayor distancia posible. No temas, Georgiana, tu tío y yo somos muy conscientes de las

amenazas sin sentido de tu tía de Bourgh de quitarte de la tutela de tu hermano y nunca habríamos permitido que eso sucediera. Tu tío es el cabeza de nuestra familia, así como el señor Bingley lo es de la suya, y debemos confiar en que ellos manejarán apropiadamente a los miembros más difíciles. —Miró a Jane con esa sonrisa fraternal de nuevo—. Guiados por sus esposas, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Jane, pensando que iba a apreciar mucho a Lady Matlock. La condesa había parecido formidable al principio, pero su solidaridad frente a la adversidad era como un bálsamo curativo para el corazón herido de Jane.

—Usted también es familia ahora, señora Bingley —dijo Lady Matlock en un giro aún más sorprendente—, ya que su hermana está casada con mi sobrino. Espero que lo recuerde, en caso de que alguna vez necesite recurrir a mi ayuda.

No había mucho que Jane pudiera decir a eso, más que —Su señoría es demasiado generosa —y hacer una reverencia aún más profunda. Lady Matlock le dio un gesto de despedida gentil y otra sonrisa, y Jane se marchó con el corazón mucho más ligero de lo que había entrado.

Capítulo Once

LIZZY

EL DOCTOR THOMAS ESTABA saliendo de la suite de los Darcy cuando Jane llegó a la puerta.

—Señorita Bennet... Oh, perdón, señora Bingley —hizo una pequeña reverencia hacia ella.

—¿Cómo está mi hermana, doctor? —Jane tenía poca paciencia para cortesías en ese momento—. Por favor, dígame que estará bien, ¡y pronto, se lo suplico!

Él la miró amablemente por encima de sus gafas de media luna, sonriendo un poco.

—No tan pronto como ambos desearíamos, pero sí, querida. Elizabeth se recuperará pronto. En mi experiencia, las fracturas del tipo que ha sufrido la señora Darcy tardan quizás cuatro semanas en comenzar a sanar, y cerca de dos meses para que la paciente se recupere por completo.

—¡Dos meses! —Jane hizo una mueca horrorizada—. ¡Oh, Dios mío!

—Permítame asegurarle, tal como acabo de decirle al señor Darcy, que esto no tiene por qué impedir que la señora Darcy continúe con sus actividades habituales, en general. La señora Darcy tiene la fortuna de contar con una doncella que la ayude a bañarse y vestirse, que son, con mucho, las actividades más difíciles con una lesión así. Aún puede caminar, leer e incluso escribir cartas, ya que es su mano izquierda la que está lesionada y no la derecha. Aunque me temo que nada de costura por el momento.

—A Lizzy nunca le importó mucho la costura de todos modos —dijo Jane con una pequeña sonrisa, tranquilizada tal como el doctor había pretendido—. Pero, ¿tiene mucho dolor, doctor? ¿Hay algo que pueda hacer por ella?

—Le he dado un poco de jarabe de opio en una copa de vino, y volveré mañana para ver cómo evoluciona. Hasta entonces, creo que está en las mejores manos con su esposo, querida. —El doctor le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano antes de marcharse.

Jane dudó fuera de la puerta, preguntándose si debería dejar a Elizabeth y Darcy solos; pero su amor por su hermana la impulsó a

asegurarse de que Elizabeth estuviera lo más cómoda posible. Un poco tímidamente, llamó a la puerta.

La puerta fue abierta por Barnes, el austero y bastante intimidante ayuda de cámara del señor Darcy. Jane había conocido al hombre solo unas pocas veces, y estaba al servicio del señor Darcy en lugar de Netherfield, por lo que no tenía ninguna autoridad sobre él.

Mansamente, preguntó:

—¿Podría ver a la señora Darcy, por favor, Barnes?

El ayuda de cámara la miró por encima de su larga nariz antes de decir:

—Veré si el señor Darcy permite una breve visita, señora Bingley.

Jane supuso que debería estar agradecida de que no le cerrara la puerta en la cara, sino que la dejara entreabierta mientras iba a hablar con Darcy. Fue el propio Darcy quien regresó, abriendo la puerta y dedicándole una pequeña sonrisa tensa.

—Jane —dijo, en un tono no poco amable, y las lágrimas que ella había estado conteniendo durante algún tiempo finalmente comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

—Lo siento mucho —sollozó, y Darcy suspiró con cansancio, le rodeó los hombros con el brazo y la hizo entrar en la habitación.

—Siéntate, Jane. —La empujó hacia una silla y le puso su pañuelo en la mano—. Lizzy está durmiendo, el doctor me asegura que estará bien.

—¡Pero es el día después de su boda! —exclamó Jane—. Ustedes deberían estar... —se sonrojó, pensando en lo que ella y Charles habían planeado hacer todo el día—. Bueno, deberían estar juntos, celebrando, no...

—Lo sé, pero no siempre podemos tener lo que queremos. —Darcy se sentó frente a ella y la miró con seriedad—. A veces ocurren cosas que están fuera de nuestro control, y esta es una de ellas. Ni tú ni Charles tienen la culpa de las acciones de la señorita Bingley; de hecho, sé que Charles le impuso ciertas condiciones estrictas antes de tu boda, con la esperanza de frenar su comportamiento.

—¿Lo hizo? —Los ojos de Jane se abrieron de par en par.

—Lo hizo, pero admito que no conozco los detalles precisos. —Darcy sonrió un poco más genuinamente—. Solo sé que buscaba protegerlas a ti y a Elizabeth de su rencor, y que claramente su propia rabia y veneno superaron a su mejor yo.

—No estoy segura de que Caroline tenga un mejor yo —dijo Jane, y luego se tapó la boca con la mano, horrorizada de haber pensado siquiera tal cosa.

Darcy se rio de verdad, con los ojos brillando de diversión.

—Ah, Jane. Eso podría haberlo dicho mi Lizzy.

—Fue algo bastante propio de Lizzy, ¿verdad? —Jane le dedicó una sonrisa un poco acuosa y se secó los ojos una vez más—. Quizás después de todos estos años, ella me está contagiando un poco.

—A mis ojos, no puede haber tal cosa como demasiada Elizabeth. —Darcy extendió la mano y le dio un toque suavemente tranquilizador—. Jane, por favor, no te preocupes por Lizzy. Su cuidado es mi responsabilidad y me ocuparé de ello con todos los recursos a mi disposición.

Ella respiró hondo.

—Entonces, todos los recursos de Netherfield están a su disposición, y eso me incluye a mí, si Lizzy necesita cuidados. No podría hacer menos por ella de lo que ella hizo una vez por mí.

Darcy se emocionó por un momento.

—Su afecto fraternal por ti fue lo que primero me la hizo querer —dijo con voz un poco ronca—. Cuando vi lo dedicada que estaba a cuidarte durante tu enfermedad.

Se sonrieron con los ojos empañados antes de que Jane se secara los ojos de nuevo y guardara el pañuelo de Darcy en su manga, prometiendo lavarlo y devolverlo. Él desechó su promesa con una cálida sonrisa.

—Ahora somos hermanos; no puedo decirte cuántos pañuelos he perdido en manos de Georgiana. Barnes se asegura de que nunca me falten.

Jane sonrió.

—Si necesitan algo, lo que sea, por favor, pida a Barnes o a la doncella de Lizzy que se lo soliciten al ama de llaves. Le informaré que las necesidades de Lizzy son la primera prioridad de esta casa hasta que se recupere por completo.

Se sorprendió bastante cuando Darcy le tomó la mano y se la besó.

—También es el día después de tu boda, Jane —le dijo—, y deberías pasarlo con tu esposo. Ve a buscar a Charles; él necesitará tu amoroso consuelo más que ninguno de nosotros ahora mismo. Sea lo que sea la señorita Bingley, sigue siendo su hermana.

Aceptando finalmente las garantías de Darcy de que Elizabeth ya estaba recibiendo los mejores cuidados, Jane se despidió. Tuvo la suerte de encontrar al ama de llaves justo en lo alto de las escaleras, supervisando que bajaran los baúles de Caroline para cargarlos en el carruaje. Llevándola aparte brevemente, Jane le dio instrucciones de que las peticiones del señor Darcy debían recibir la máxima prioridad posible y que se le proporcionara inmediatamente cualquier cosa que pudiera solicitar.

—Por supuesto, señora Bingley —la señora Hughes hizo una respetuosa reverencia—.

¿Quiere que coloque a una doncella sentada fuera de su suite, para que esté a mano en caso de que se necesite algo?

—Excelente sugerencia, señora Hughes. Lo dejaré en sus capaces manos.

El ama de llaves le sonrió radiante, obviamente encantada por el pequeño gesto de confianza. Jane había visto suficiente del estilo de Caroline al manejar al personal de Netherfield para saber que una mano más gentil sería un alivio bienvenido.

—¿Sigue igual, Gladys? —preguntó la señora Hughes a una criada que pasaba; cuando esta respondió afirmativamente, el ama de llaves se volvió hacia Jane—. El señor y la señora Hurst bajaron hace unos minutos, señora, pero la señorita Bingley se ha negado a salir de sus habitaciones.

Jane la miró fijamente por un momento antes de que su mandíbula se tensara. —

¿Dónde está mi esposo? —preguntó.

—En su suite, creo, señora.

—Bien; no necesita ser testigo de esto. Por favor, ¿podría usted amablemente hacer que alguien traiga a nuestros dos lacayos más corpulentos?

Los ojos de la señora Hughes se abrieron de par en par, y luego comenzó a sonreír. —

¡Con gusto, señora! —Se apresuró a cumplir ella misma el encargo de Jane.

En cuestión de momentos, regresó con dos jóvenes robustos siguiéndola de cerca. —

Andrew y Alfred, señora Bingley —dijo. Ambos hicieron una profunda reverencia. Jane sospechaba que eran hermanos; tenían un aspecto muy similar.

—Por favor, síganme —dijo—, y hagan todo lo que les indique. Recuerden que ahora soy la señora de Netherfield, y que la señorita Bingley se va; no volverá. No importa lo que ella pueda decir, no tiene poder para castigarlos.

—Sí, señora —asintió Andrew, y Alfred hizo lo mismo. Los dos parecían casi tan complacidos como la señora Hughes; el ama de llaves también los siguió mientras Jane entraba en la suite de Caroline sin molestarse en llamar a la puerta.

Capítulo Doce

PARTIDA

LA ALCOBA DE CAROLINE era un caos, con Caroline gritando como una verdulera a dos doncellas que intentaban empacar sus cosas, sacando vestidos de los baúles y lanzándolos por toda la habitación para que tuvieran que recogerlos una y otra vez.

Sorprendida, Jane se detuvo en seco por un momento, observando la escena, antes de recomponerse.

Dando una fuerte palmada, Jane gritó: —¡Detengan esta tontería de inmediato!

Caroline se quedó en silencio a mitad de un chillido, volviéndose hacia Jane con la boca aún abierta como una carpa.

—No es necesario que recojas esos vestidos, Agnes —dijo Jane con firmeza mientras una de las doncellas aprovechaba el repentino silencio para adelantarse y recoger un par de vestidos—. Si la señorita Bingley no quiere llevárselos, no tiene por qué hacerlo.

Caroline sonrió con aire de victoria. —¿Lo ves? Te dije que no me iría.

—Oh, no —dijo Jane—. Te vas. Pero tienes razón en que no necesitarás vestidos tan ornamentados como estos; tengo entendido que Sir John y Lady Forrest viven bastante

retirados. Estoy segura de que la señora Hurst podrá hacer uso de algunos de estos en tu ausencia... de hecho, esta seda amarilla le quedará muy bien a Kitty, haré que se lo arreglen para ella.

Completamente paralizada por la rabia por un momento mientras Jane tomaba el vestido de Agnes y lo sostenía para admirarlo, Caroline no podía creer lo que estaba escuchando, ni el tono tranquilo y pragmático que Jane usaba para pronunciar las palabras.

—¡Cómo te atreves! —gritó finalmente—. ¡Tú, advenediza insignificante, tu horrible hermana ciertamente no tendrá ninguna de mis cosas!

Jane colocó el vestido sobre su brazo y miró fijamente a Caroline. —Te olvidas de tu lugar, Caroline. Tus acciones de hoy han demostrado a Charles y a mí que no estás capacitada para tomar ninguna decisión; no tienes idea de cómo comportarte de manera civilizada, en sociedad

o fuera de ella. Francamente, no quiero saber nada de ti. Sal de mi casa.

Caroline estaba tan conmocionada que no podía moverse. Jane dio un paso adelante, quedando casi nariz con nariz con ella, sin mostrar ningún temor en su expresión.

Inconscientemente, Caroline dio un paso atrás; ¿dónde había ido la tranquila y dócil señorita Bennet? Esta mujer era segura, confiada en su posición; Caroline no podía intimidarla.

—He dicho, *sal de mi casa* —repitió Jane, pronunciando sus palabras muy claramente—.

Puedes irte por tu propio pie y mantener algo de tu dignidad, o haré que Alfred y Andrew te saquen a la fuerza. La elección es tuya.

La boca de Caroline se movía, pero no lograba emitir palabras. Bajando la mirada de aquellos ojos color aguamarina implacablemente tranquilos, miró a su doncella. —

Termina de empacar esas cosas, Betty...

—No —interrumpió Jane—. Creo que tienes suficiente. Te irás ahora.

—Pero... —Apenas un tercio de sus pertenencias habían sido empacadas y llevadas abajo, ya que Caroline había estado haciendo todo lo posible por obstaculizar el proceso.

—Ahora. —Jane señaló la puerta, su expresión tranquila pero implacable—. Si no estás bajando esas escaleras cuando llegue a la cuenta de diez, bajarás sobre el hombro de Alfred. Uno. Dos. Tres.

Jane no estaba contando lentamente. Los pies de Caroline se movieron sin una decisión consciente de su parte, llevándola más allá de los dos lacayos sonrientes.

—Siete. Ocho...

Comenzó a correr, de repente desesperada por poner sus pies en las escaleras, de alguna manera bastante segura de que si su pie no estaba en el primer escalón cuando Jane llegara a diez, su salida de Netherfield sería más ignominiosa de lo que podría soportar.

—Eso —dijo la doncella Agnes en el silencio que quedó tras la estela de Caroline— fue lo mejor que he visto *jamás*.

—Sí, señora. —Alfred y Andrew miraban a Jane con adoración. Betty miró hacia la puerta, luego a Jane, con el ceño fruncido de preocupación. Fue entonces cuando Jane notó la marca roja de una mano en la mejilla de la chica, una coincidencia exacta con las marcas de dedos que había visto en Elizabeth no hacía mucho.

—¡Betty! —jadeó, dando un paso adelante y levantando suavemente la barbilla de Betty con la mano—. ¿La señorita Bingley te golpeó?

Betty asintió, con lágrimas comenzando a caer de sus ojos enrojecidos. —Debería ir con ella, señora —dijo ansiosamente—. La señorita Bingley dijo que me despediría sin referencias.

—No, Betty —Jane soltó la barbilla de la doncella y le tomó las manos —. Estás empleada aquí en Netherfield, por el señor Bingley y por mí, no por la señorita Bingley.

Te aseguro que aún tienes un puesto, y si necesitas una carta de recomendación, yo misma te escribiré una excelente.

—¿De verdad? —El labio inferior de Betty tembló.

—Si deseas ir con la señorita Bingley, no te lo impediré; de hecho, pensaré que tu lealtad hacia ella es encomiable. Si ella no se ocupa de tu salario, me aseguraré de que se te pague. —Jane habló suavemente, viendo que la chica estaba angustiada—. Ya tengo una doncella personal y no necesito otra… pero mi hermana Kitty podría necesitar una doncella, y estaría encantada de pagar tu salario para que cumplas ese deber.

—Oh, señora —Betty casi se ahogó, y para horror de Jane, se deslizó de rodillas y comenzó a besarle las manos—. Gracias, señora, muchas gracias. Estaría muy honrada de servir a la señorita Kitty, ¡claro que sí! ¡Usted es verdaderamente un ángel, señora!

—Oh, levántate —Jane tiró rápidamente de Betty para ponerla de pie —, por favor, Betty. ¡Te prometo que no pensarás que soy un ángel después de unas semanas con Kitty!

Agnes resopló. —Después de la señorita Bingley, servir a la señorita Kitty será pan comido, señora. Betty sabe lo afortunada que es.

—Cuida tu lengua, Agnes —dijo la señora Hughes con brusquedad.

La doncella inclinó la cabeza arrepentida antes de entrelazar su brazo con el de Betty. —

Vamos, Bet —dijo con tono alentador—. Bajemos por las escaleras de servicio, y así ni siquiera tendrás que verla irse. ¿Con su permiso, señora?

Jane las despidió con un gesto, los dos lacayos siguiendo a las doncellas, antes de exhalar un pequeño suspiro. —Ojalá pudiera escapar por las escaleras de servicio y no tener que verla partir tampoco —murmuró a la señora Hughes.

—Ya ha derrotado al dragón, señora. Creo que puede soportar verla partir en desgracia.

Jane tuvo que morderse el labio para no sonreír al oír que se referían a Caroline como un dragón; le dio a la señora Hughes su mejor mirada severa, que aparentemente fue completamente inútil porque la ama de llaves solo le sonrió y le dio una palmadita maternal en el brazo.

—Estuvo absolutamente maravillosa, señora Bingley. La historia correrá por todo Netherfield en una hora, y no tengo duda de que todo el personal le será completamente devoto después de haber tratado a Betty con tanta amabilidad.

—La señorita Bingley la había abofeteado, y no dudo que Betty no tuviera la menor culpa. Mi madre siempre me dijo que la verdadera medida de un caballero, o una dama, se encuentra en cómo tratan a sus sirvientes. Ningún sirviente será maltratado en Netherfield mientras yo sea la señora de esta casa, ¡puede estar muy segura de eso! —La voz de Jane se elevó un poco mientras hablaba, pero era un tema sobre el que se sentía bastante apasionada.

Descendiendo las escaleras con la señora Hughes un par de pasos detrás de ella, Jane pudo ver a través de las puertas principales abiertas que Caroline ya estaba en el carruaje, sentada acurrucada y silenciosa en un rincón. El señor y la señora Hurst se estaban poniendo sus sombreros y guantes listos para partir, Charles se inclinaba para besar la mejilla de Louisa antes de estrechar la mano de Gerald.

—Cuida de Jane, Charles —le dijo Louisa, poniendo una mano sobre su brazo—, y por favor… disfruta de estar casado. Nosotros… nos ocuparemos de Caroline. —Al ver a Jane bajando las escaleras, se acercó a ella y la abrazó con más calidez que nunca antes.

Un poco sorprendida, Jane sin embargo devolvió el abrazo, y sonrió al señor Hurst mientras este le hacía una profunda reverencia y decía con voz ronca que esperaba estar en su compañía de nuevo pronto.

—Orgulloso de llamarla familia, señora Bingley —dijo, con las mejillas aún más sonrosadas de lo habitual—. A usted y a toda su familia.

—Ya que somos familia, creo que lo mejor será que me llame Jane. —Gerald Hurst no era más alto que ella, así que le resultó fácil poner su mano en su brazo y saludar su mejilla con un beso fraternal—. Usted y Louisa viajen con cuidado, y vuelvan pronto a Netherfield. Charles y yo estaremos muy felices de tenerlos de nuevo en casa con nosotros.

Charles le rodeó la cintura con el brazo y ella casi pudo sentir el calor de su aprobación mientras sonreía ampliamente. —Jane tiene toda la razón, Gerald; siempre nos alegrará contar con vuestra compañía.

Gerald resopló ante eso, tomó la mano de Louisa sobre su brazo y se volvió hacia la puerta. —¡Entonces seríais la primera pareja de recién casados que he conocido en mucho tiempo que quisiera alguna compañía más allá de la del otro!

—¡Gerald! —le regañó Louisa mientras Jane se sonrojaba y Charles soltaba una carcajada—. En verdad, eso puede ser cierto, pero hay cosas que es mejor dejar sin decir.

—No seas remilgada, Lou. Jane es una mujer casada ahora —y Gerald le guiñó un ojo.

Escandalizada, Jane se encontró sonrojándose y riendo mientras los Hurst bajaban los escalones y subían al carruaje; alcanzó a ver a Caroline mirándola con el ceño fruncido antes de que el lacayo cerrara la puerta y el carruaje se alejara con estruendo.

El mayordomo cerró la puerta principal y se escabulló discretamente, dejando a Jane y Charles solos en medio del vestíbulo.

Hubo un silencio completo por un momento mientras escuchaban el sonido de las ruedas del carruaje desvaneciéndose en la distancia, y luego se miraron el uno al otro.

—Esto no es exactamente como imaginé el primer día de nuestro matrimonio —dijo Charles con desánimo.

Jane le sonrió, alcanzando a poner sus brazos alrededor de su cuello, sin importarle que alguien pudiera entrar al vestíbulo y verlos. —¿No lo es? ¿Qué puedo hacer para mejorar el día para ti, mi amor?

—¡Jane! —Sorprendido por la pícara insinuación que ella puso detrás de las palabras, la miró boquiabierto—. ¿Qué has hecho con mi dulce

e inocente Jane?

—Creo que es lo que tú has hecho con tu dulce e inocente Jane lo que ha causado esto —

dijo ella con una risita, antes de preocuparse repentinamente de que a él pudiera no gustarle su comportamiento más atrevido. Un ceño fruncido arrugó su frente, y se mordió nerviosamente el labio inferior, bajando la mirada.

Los brazos de Charles la rodearon, atrayéndola firmemente contra él. Ella jadeó al sentir una clara dureza presionándola a través de las capas de sus ropas.

—Creo que me gusta la sensual y conocedora señora Bingley incluso más de lo que me gustaba la dulce e inocente señorita Bennet —le aseguró.

—¿De veras? —Jane lo miró a través de sus pestañas.

—En efecto, creo que adoro positivamente a la señora Bingley. —Él vio su incertidumbre, aunque no entendió la causa, y se esforzó por asegurarle su ferviente adoración—. Y nada me haría más feliz que retirarme con ella a nuestras habitaciones por el resto del día, para investigar qué ideas podría tener para mejorar el día para ambos.

Tranquilizada, la sonrisa de Jane volvió con toda su fuerza. —Entonces vayamos arriba, señor Bingley. No puedo pensar en nada más que prefiera hacer.

Capítulo Trece

SIEMPRE, SEÑOR BINGLEY

JANE ESTABA MUY CONTENTA de haber pedido a Hannah que la vistiera con un vestido sencillo, pues no creía que hubiera podido soportar tardar demasiado en desvestirse. Tal como estaba, ella y Charles forcejeaban con la ropa del otro incluso mientras él cerraba de una patada la puerta del dormitorio tras ellos. Su corbatín se negaba obstinadamente a ceder, pero en realidad no importaba, se dio cuenta; se estaba preocupando por la prenda equivocada, y fue un simple asunto para Charles soltar la bragueta de sus pantalones, levantar las faldas de ella hasta la cintura y alzarla contra la puerta con sus fuertes manos bajo sus muslos.

—¡Oh, Dios mío... oh, Charles! —jadeó ella cuando él la penetró de una sola embestida.

—¿Demasiado? —comprobó él, pensando un poco tarde que debería haberse tomado más tiempo para prepararla, que no había sido exactamente considerado con su comodidad. Sin embargo, ella estaba cálida y húmeda alrededor de él, sus dedos amasando sus hombros como garras de gatito, sus largas pestañas descansando sobre sus mejillas de alabastro.

—No es suficiente —suspiró Jane, tratando de mover sus caderas, animándolo a moverse. Sin embargo, inmovilizada contra la puerta por su peso, poco podía hacer—.

¡Por favor, Charles!

—Jane —gimió su nombre, buscando sus labios con los suyos. Ella enredó sus largas piernas alrededor de su cintura, se meció contra él, y él quedó deshecho. Sus embestidas eran bruscas, sin prestar atención a su comodidad; a ella no le importaba en lo más mínimo, besándolo con igual fervor, instándolo a mayores esfuerzos hasta que dejó escapar un agudo gemido de placer y se apretó alrededor de él, su rostro relajándose en las más dulces líneas de dicha.

Charles casi sollozó su nombre de nuevo, derramándose cálidamente en lo profundo de su túnel palpitante, presionando su frente sudorosa contra la de ella mientras intentaba recuperar el aliento.

Jane gimió y se aferró a Charles mientras él la levantaba suavemente y la ponía de pie.

Sus rodillas no la sostenían, pero parecía que las de él también estaban claramente debilitadas. Tropezaron hacia la cama aferrados el uno al otro, y cayeron sobre su superficie riendo alegremente juntos.

—Siento que probablemente soy la esposa más escandalosa que jamás haya existido —

dijo Jane mientras forcejeaba con los cordones de su vestido, tratando de quitárselo. Se sentía bastante acalorada, como si la prenda la estuviera cocinando viva.

—Solo sería escandaloso si nos comportáramos así en público, mi querida —discrepó Charles, finalmente aflojando su corbatín y arrojándolo fuera de la cama—. Lo que sucede entre marido y mujer tras la puerta cerrada de su dormitorio no es asunto de nadie más.

—Entonces, ¿no es un comportamiento escandaloso si nadie más lo sabe? —preguntó Jane.

—Esa es una pregunta muy filosófica, querida, y una para la que tu pobre marido está bastante mal equipado para responder, debido a mi completa falta de atención al tema de la filosofía durante mis estudios en Cambridge. Harías mejor en preguntarle a Darcy, solo que te ruego que encuentres alguna manera de formular tu pregunta de tal forma que parezca pertenecer a un tema completamente distinto al de las relaciones maritales

—Charles finalmente logró despojarse de su chaleco y camisa, arrojándolos fuera de la cama tras su corbatín.

Jane se deshizo en risas incontrolables ante la mera idea de preguntarle a Darcy sobre el tema, sin importar en qué términos lograra formularlo. —¡Pensaría que me he vuelto completamente loca!

Sonriendo, Charles se inclinó para ayudarla a desatar su vestido. —Mejor no preguntarle entonces, ¿eh? Tendrá que ser uno de los grandes misterios sin resolver de la vida.

Despojada de su ropa, Jane se acurrucó felizmente en los brazos de Charles, apoyando su mejilla en su pecho. —Podría ser todo cuestión de perspectiva, también —

reflexionó—. Vaya, ayer a esta hora, me habría quedado completamente conmocionada al encontrarme en esta precisa situación, y sin embargo ahora, nada podría parecer más natural.

Él acarició su cabello, encontrando las horquillas que lo sujetaban y quitándolas una por una. —Ayer a esta hora, sentía como si este momento nunca llegaría —confesó—. El día parecía transcurrir imposiblemente despacio.

—¿En serio? —Jane inclinó la cabeza para mirarlo inquisitivamente, su cabello cayendo suelto y desparramándose en una suave ola dorada sobre su pecho—. El día pasó en un borrón aterrador para mí; parecía que apenas Mamá me despertaba cuando ya estábamos en la iglesia, y luego estaba el banquete de bodas...

—¿Me atrevo a esperar que todos tus temores sobre el lecho conyugal hayan sido suficientemente disipados, mi querida? —preguntó Charles cuando ella se interrumpió en silencio.

—¡Oh, sí! —Sonriendo, se inclinó para besarlo—. Más que adecuadamente.

—Excelente —La besó de vuelta, bastante a fondo, y fueron solo momentos antes de que decidiera que besar solo sus labios no era suficiente para expresar sus sentimientos.

Atrayéndola debajo de él, expresó su adoración por ella con besos en cada centímetro de su piel desde su frente hasta sus dedos de los pies, y de vuelta otra vez.

—Te amo —dijo Jane cuando él volvió a sus labios, y él sonrió contra su boca.

—Yo te amo más.

Ella sonrió. Conocía este juego, o una versión de él. —No, yo te amo más —y hundió sus dedos en sus costillas, preguntándose incluso mientras lo hacía si realmente tenía cosquillas. Obtuvo su respuesta cuando él se alejó rodando entre risas. Jane se lanzó tras

él, olvidando por completo su desnudez. Ambos rodaron por la cama riendo durante varios minutos hasta que Charles logró inmovilizar los brazos de Jane por encima de su cabeza, acostándose sobre ella para mantenerla quieta.

—Ahora conoces mi secreto más profundo y oscuro —dijo entre risas—, no puedo dejarte ir.

—¿Planeabas hacerlo?

—Nunca —juró, antes de besarla otra vez—. Ahora eres mía, señora Bingley.

—Siempre, señor Bingley.

Fin

¡Espero que hayas disfrutado esta historia! Sigue leyendo para disfrutar de un capítulo de muestra gratuito de ***Un Milagro de Navidad en Longbourn***.

Cuando la ingenua Georgiana Darcy decide huir para encontrar al amor de su vida, George Wickham, su hermano protector Fitzwilliam Darcy corre para detenerla antes de que sea demasiado tarde. Imagina su sorpresa al encontrar a su joven hermana en compañía de Elizabeth Bennet, la mujer que ha conquistado su corazón a pesar de todos sus esfuerzos por resistirse.

Atrapados juntos en Longbourn después de que Georgiana cae gravemente enferma, Darcy y Elizabeth se ven obligados a superar sus malentendidos mutuos. Mientras eliminan las capas de orgullo y prejuicio, descubren una atracción que no puede ser negada. Pero, ¿podrán desentrañar la red de mentiras tejida por Wickham antes de que los arruine a todos?

Con el futuro de Georgiana en juego, Jane, la querida hermana de Elizabeth, con el corazón roto, y una casa llena de invitados llegando para Navidad, realmente será necesario un milagro para

arreglar las cosas. Afortunadamente, la temporada de milagros está cerca, trayendo a Darcy y Elizabeth una oportunidad inesperada para el amor.

Un Milagro de Navidad en Longbourn - Capítulo de

muestra

—¡DARCY, ESTOY HASTA LA coronilla de tus tonterías!

—Buenas noches, Fitz —Darcy ni siquiera levantó la vista de su libro —. ¿Cómo estás?

Su primo, el coronel Richard Fitzwilliam, eminente hijo menor del conde de Matlock y un soldado altamente condecorado de la Guardia de Caballería de Su Majestad, se dejó caer en una silla con un bufido de disgusto muy poco caballeroso.

—Bien, no gracias a ti. Apenas logré escapar de Almack's sin comprometerme con alguna mocosa con cara de caballo.

Darcy no se molestó en ocultar su sonrisa.

—¿El héroe de Talavera derrotado por las debutantes del *ton*? —Miró a Fitz por encima de su libro—. Eso habría sido algo digno de ver.

—Bueno, si hubieras aparecido como se suponía, podrías haberlo visto por ti mismo.

Oh, espera, habrías estado huyendo hacia las colinas justo a mi lado —Fitzwilliam aceptó la copa de brandy que le entregó el mayordomo de Darcy—. Gracias, Smith —

dijo después de un sorbo apreciativo—. Deja la botella, buen hombre.

Smith dejó la botella sobre el escritorio con un asentimiento y se marchó ante el discreto gesto de Darcy. Este debatió si levantar su libro de nuevo mientras Fitzwilliam tomaba otro sorbo, pero al final marcó la página y lo dejó a un lado.

—Siento no haber ido —dijo finalmente—. Debería haber enviado una nota.

—No, deberías haber aparecido —dijo Fitzwilliam con enojo, dejando su copa—.

¿Dónde estabas, Darce? ¿Qué emergencia te mantuvo alejado? Madre estaba absolutamente furiosa; tendrás que lidiar con su temperamento mañana, te lo aseguro.

Darcy hizo una mueca y alcanzó la copa vacía que tenía a su lado, sirviéndose otro poco de brandy.

—Estaba justo aquí, Fitz. Lo siento de verdad. Me disculparé con tía Elise mañana.

—Por supuesto que lo harás —Fitzwilliam lo miró fijamente antes de preguntar—: ¿Qué está pasando realmente, Darcy?

Haciendo una pausa con la copa en los labios, Darcy pensó frenéticamente. Había usado a Georgiana como excusa demasiadas veces recientemente, especialmente desde que su actitud parecía haber mejorado notablemente en las últimas semanas. Los ojos de su primo se entrecerraron, oliendo la debilidad.

Si Fitzwilliam alguna vez descubriera que la paz mental de Darcy había sido completamente alterada por una muchacha de campo sin fortuna, sin conexiones y nada más que un par de hermosos ojos para recomendarla, Darcy nunca dejaría de oír hablar de ello.

—Has estado de mal humor desde que regresaste de Hertfordshire, y tu amigo Bingley también ha estado inusualmente apagado. Sé que no puede ser la peor noticia posible porque estaríamos preparando tu boda con la señorita Bingley ahora mismo...

—Eso es, en efecto, lo peor que podría haberme sucedido en Hertfordshire —Darcy se estremeció, haciendo que Fitz soltara una risita. De repente se le ocurrió una idea, una razón genuina por la que debería permanecer cerca de la casa en este momento—. No quería preocuparte con esto, pero, bueno, ya que sé que no me dejarás en paz hasta que confiese lo que me preocupa... Wickham estaba en Hertfordshire.

—¡¿Qué?! —Fitzwilliam se puso de pie de un salto, apenas logrando atrapar su copa de brandy a tiempo para evitar un derrame—. ¡Ese sinvergüenza! ¿Qué estaba haciendo allí?

—Estaba con la milicia acuartelada allí para el invierno —reveló Darcy—, y no lo mencioné antes porque sabía que reaccionarías queriendo correr allí para intentar separar su cabeza de sus hombros.

Frunciendo el ceño, Fitzwilliam se dejó caer de nuevo en su silla.

—¿Pero lo confiesas ahora porque...?

—¡Porque no dejas de fastidiarme para que salga, y necesito quedarme cerca porque me preocupa que el bastardo pueda intentar acercarse a Georgiana de nuevo!

—Darcy —Fitzwilliam negó con la cabeza—. Si tan solo me hubieras dejado matarlo en Ramsgate, no tendrías esta preocupación ahora.

—En efecto, pero entonces tendría que preocuparme por que te encerraran en Newgate por asesinato —Darcy extendió las manos—. Considerando todo, creo que prefiero que estés libre, aunque parezcas hacer de tu misión personal el irritarme más allá de la resistencia.

—Dame esa botella —exigió Fitzwilliam, y cuando Darcy se la acercó, rellenó ambas copas—. Ahora cuéntame todo sobre Wickham. ¿Por qué demonios está en la milicia?

Ese hombre es el cobarde más grande que he conocido; el concepto de valentía le es tan ajeno como los cosacos del zar de Rusia.

—No solo eso, sino que de alguna manera ha obtenido un nombramiento en dicha milicia y se mezcla con la sociedad local como oficial y caballero. Nada menos que *teniente* Wickham.

—¡Bromeas! —Fitz lo miró horrorizado—. Dios mío, ¿es por esto que Bingley ha estado tan alicaído últimamente? —Saltó a una conclusión errónea—. ¿Wickham intentó algo con su hermana? Su dote es bastante generosa... ¿No?

Darcy estaba negando con la cabeza.

—Di lo que quieras sobre la señorita Bingley, Fitz, pero no es lo suficientemente tonta como para caer en las dulces palabras de un libertino sin un céntimo. Y eso si Wickham hubiera sido capaz de superar su cobardía personal lo suficiente como para arriesgarse a estar en mi proximidad, de todos modos, porque la señorita Bingley estaba haciendo todo lo posible por pegarse a mí como una lapa.

—Debes haber sido absolutamente miserable en Hertfordshire —se compadeció Fitz.

—Hubo momentos en que las cosas no estaban tan mal —dijo Darcy sin pensar, mientras un recuerdo de bailar con Elizabeth se colaba en su mente. La forma en que sus ojos brillaban cuando lo miraba, cómo sus oscuros rizos se apoyaban contra su mejilla sonrojada, el arco de sus cejas mientras hacía otro comentario impertinente... se sacudió de vuelta a la realidad cuando Fitzwilliam volvió a hablar.

—Está bien, Darcy, perdonaré tu distracción últimamente, y hablaré con Madre por ti, aunque Dios sabe qué excusa tendré que inventar.

—Gracias, Fitz —dijo Darcy con sinceridad—. No creo que fuera muy buena compañía en este momento de todos modos.

—Oh, no lo sé —Su primo sonrió ampliamente—. Mientras sigas sirviendo brandy tan bueno como este, creo que puedo tolerarte lo suficiente.

Darcy se rio, descorchando la botella para llenar de nuevo la copa de Fitz.

—Sí, pero tú eres fácil de complacer.

—¡Nunca se lo digas a mis hombres!

—Hablando de tus hombres, ¿cómo va el entrenamiento de los nuevos reclutas? —

Viendo una oportunidad para cambiar de tema, Darcy la aprovechó, y agradeció cuando su primo aceptó el nuevo tema de conversación.

Ninguno de los dos hombres oyó la puerta que conectaba el estudio de Darcy con la biblioteca cerrarse muy silenciosamente, perdidos como estaban en su conversación.

Georgiana Darcy permaneció muy quieta por un largo momento junto a la puerta cerrada antes de alejarse sigilosamente con sus pies calzados en zapatillas, con lágrimas secándose en sus pálidas mejillas. Necesitaba volver a sus habitaciones y encontrar las cartas que Darcy le había enviado desde Hertfordshire; había prestado poca atención a su llegada, pero ahora contenían información crucial que debía descubrir.

El nombre del pueblo donde podría encontrar a su amado Wickham.